

# Brecha

AÑO I

ARTES

MARZO DE 1957

LETRAS

No. 7

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loría. — Teléfono 5640 - Apartado 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO. Rubén Darío. — Precio: 1 colón

## Cartago, mi primer Hogar

Por Angela Acuña de Chacón

MUJER DE LAS AMERICAS 1957



Lic. ANGELA ACUÑA DE CHACÓN

Vista por Noé Solano

CARTAGO, sentada al pie del potente Irazú, del terrible coloso que más de una vez dejara en escombros la histórica ciudad de la Colonia, meció los primeros años de mi vida, en un hogar donde la felicidad, si no hubiese sido tan breve, habría alcanzado la armonía lograda en la música.

En haces los recuerdos de aquel lapso bendito se agolpan en mi mente, efímero y venturoso tiempo que me enseñó las lecciones sobre la manera de vivir unidos y satisfechos al calor del afecto familiar.

Una atracción muy viva me acerca a la región de los terrenos fértiles, de las lloviznas frecuentes que permiten el verdor de pastos y sembrados, y me sujeta a ella. Son memorias que flotan en el espacio azul de la vieja ciudad, horas de una alegre niñez, reino que fue de las quimeras. Tras el horizonte cierra un mundo de halagos; tras él duermen las dichas horas de mi primera edad.

Al sentir los vientos otoñales ya tan cerca de mí, me parece escuchar rumores y palabras entre las hojas secas de tan gratas memorias, entre las ramas mustias que agitó el vendaval.

Son notas mezcladas de alegría y de pena, de tan variados tonos que el espíritu no sabe si es preciso subir o bajar.

Todo en tropel retorna a la memoria cuando el frío anuncia

los años del invierno. Así como esta estación deja desnudos los árboles, ayer no más frondosos, como si sólo fuesen vestigios de

belleza lejana, así en el alma cae espesa niebla donde se alza la sombra de lo que fue...

Las auroras se han sucedido

en mi existencia con rapidez pasmosa, como imágenes impalpables que han dado colorido a mis años. Se han fundido en ideas y palpitan en los renglones de muchas páginas sueltas.

Ansias de luz, inquietudes continuas han formado la cadena de mis ensueños. Si muchas vibraciones no hallaron ritmo en el mundo exterior, sí lo tuvieron dentro de mí. A pesar de que mis aspiraciones se movieron en medios incompletos, los proyectos siempre fueron modelados a la luz de un ideal. Quise dejar a la Patria y a mi ambición, grandes de las dos como mi afecto y mi impotencia, los pedazos de un alma soñadora.

Si sumerjo el espíritu en el reino del pasado es porque su pujanza me inspira y me ordena reunir las cosas dispersas en un haz de recuerdos, armonía de mis mejores años, memorias tejidas con el alma, sin encontrar acertada respuesta, porque hijas fueron de una lengua incomprensible, demasiado nueva entonces para la pequeñez costarricense.

Hoy ya casi en la llanura sosegada, me pregunto: ¿Qué hice? ¿A dónde fui? ¿Queda algo tras de mi paso?... No lo sé..., pero puse una flor en cada esfuerzo y es para mi HIJA el ramillete que con flores y ternuras formé.

Mi compañero fue en mi cerebro soplo de vida. Sus miradas

que lucharon en mis ojos, imprimieron su huella. Mis anhelos y zozobras encontraron en lo recóndito de su alma generosa, un tibio abrigo. Las inquietudes dispersas, al unirme a RAUL, se tornaron en llamaradas de fe, en palpitaciones que buscaban corazón y arterias.

Con la llegada de nuestra hija al mundo se colmaba la copa de la alegría. Todo el ayer revive en mi pecho...

Así como los ríos que al despeñarse cantan y en sus notas melodiosas se adivinan las lindas aventuras de sus ondas, así cuando se ha puesto el alma para llevar a cabo una grande ilusión, bien se comprende que el día precede al ocaso, y si la noche llega nos afirma que vino de la luz del cielo.

La fe cristiana ha sido mi escudo en todos los caminos. En sus misterios aprendí a deletrear la verdad, a reunir luces para alumbrar las tinieblas del alma. La piedad es respeto. Si la humanidad irrespeta las tradiciones veneradas es preciso refrescarlas en las fuentes de la fe.

Jesús predicó la piedad. En el Huerto de los Olivos sintió el dolor del mundo y sudó sangre. Frente a la Cruz del Calvario, donde expiró, ha revivido siempre el deseo de perdonar, de hacer justicia. La Resurrección, como sublime milagro, nos alienta la esperanza. La reparación ha brotado del sacrificio, porque el odio mata, incendia, devora...

En mi mente anida todo un

pasado de recuerdos. Muy brillante es la llama cuando hemos vivido con amor y con fe. Vuelve inteligible lo confuso, ilumina los sitios más recónditos del ser.

Todo lo veo y lo siento. Algunas cosas flotan en las sombras, otras bajan límpidas como el manantial, pero en lo más oscuro distinguí siempre un rayo de luz. Nunca han faltado notas alegres, de optimismo reparador. Los acordes dispersos han buscado asilo dentro de mi pecho.

Nací para el bien. Si el mal me ha rendido algunas veces culpa ha sido de la imperfección humana. Dichosamente siempre salió el sol después de la tormenta, y no ha faltado luz en las sombras de mi alma.

Sesenta y cuatro años después del primer robo de la VIRGEN DE LOS ANGELES, vine al mundo en la antigua metrópoli del Estado. Mis padres, RAMON ACUÑA GARCIA y ADELA BRAUN BONILLA, se habían establecido en Cartago, de donde era oriundo el primero y en donde ejercía su profesión de abogado.

Cuentan que casi nazco en un potrero. Mi madre realizaba cada día el ejercicio prescrito a su estado, y mi padre, con dedicación amorosa, la acompañaba una vez terminadas sus labores cotidianas. Como la población de entonces era mucho más reducida que la de hoy, la extensión del terreno edificado no era grande, y cosa sencilla encontrarse, a pocos pasos de la casa, con los ama-

bles compañeros de Jesús en el Pesetre de Belén, pastando en las cercanías.

La morada donde abrí los ojos no existe ya; la destruyó el terremoto de 1910, mientras yo estaba en Londres. Según entiendo se encontraba ubicada en las vecindades de "LA COPA BLANCA", establecimiento comercial muy popular entonces.

Nos trasladamos luego a una casa de habitación de la familia Troyo. Allí nació mi hermano Jorge. La residencia estaba situada a pocos metros del Parque Central a donde la niñera me llevaba diariamente a jugar.

Si pudiese comprender qué dice el viento que cimbra todavía las ramas de algunos de aquellos viejos árboles, oíría repetir mis gritos, la admiración que cada novedad me producía, las preguntas de curiosidad infantil nunca saciadas.

A la VIRGEN DE LOS ANGELES, a la Negrita aparecida, según la leyenda popular, en la floresta de las riberas del Toyogres, me ofrecieron mis padres. Sublime coincidencia: Abrí los ojos a la luz, el día de los Angeles Custodios. El nombre de ANGELA lo llevó en honor de la Patrona bien amada de los costarricenses.

A la usanza de la época, me bautizaron con varios nombres para recordar, en parte, miembros queridos de la familia. Los míos son: María, Angela, Adela, Elena de los Angeles.

La CARTAGO de mi tiempo

no era ya la modesta y sencilla del amanecer del Siglo XIX, cuando las casas se levantaban en las esquinas de los solares, sostenidas por horcones y bahareques, toscas, aplanadas y feas, coronadas de musgos y siemprevivas, y cuya entrada principal era un portón deslucido frente al patio.

Los rústicos escaños de madera habían sido cambiados, cuando vine al mundo, por muebles finos, de elegante tapicería, importados, en su mayor parte, por la tienda de don Juan Rafael Mata, situada en el costado N. O. del Parque Central de San José, la casa esquinera contigua a la sastrería "VALENZUELA", donde estuvo el almacén de música de Mr. Girton, hoy terreno disponible para ampliar la Avenida Segunda.

No faltaron en mi hogar los "nidios de microbios" como llamaron, en la época colonial, a cortinajes y alfombras, ni la consola con espejo ni la cajita de música.

Santos pintados en metal ya no existían en mi niñez. No se usaban tampoco las ventanas defendidas por torneadas rejas de madera y veladas, a falta de cristales, con telas de algodón. Lucían las viviendas sus limpias vidrieras, engalanadas con cortinillas de encaje o de batista.

Los espejos adornaban las alcobas de mi casa. Sobre tocadores había polvos y cremas. Nuestra cocina ya no era un humero. El negro MATEO, de cuchara excelente, fiel como un falderi-

# Librería Antonio Lehmann

*Pida nuestras listas y folletos*

en su departamento especializado ofrece

Libros de Ciencias, Artes, Novelas,  
Religiosos y Música

lo, como sabe ser esa raza cuando quiere de verdad, halagaba nuestro paladar exigente.

No hace muchos años murió el noble servidor, doblado por los años. Arrastró resignado su pobreza. Le ayudamos con afecto y le oímos con paciente ternura, las repetidas tristezas y las quejas de su vejez.

Los rancios y leales cariños de antiguos servidores, juntan los corazones humildes a los nuestros. Pensar así es acabar con muchas diferencias sociales, hijas de una equivocada tradición. Es privilegio aprender a aminorar el orgullo con las nobles enseñanzas del pequeño. Este se complace al ver que el de alcurnia más elevada sabe bajar satisfecho hasta la modestia de su cuna. Si así fuese siempre, la paz tendría sus alas sobre los humanos y dejaría de ser un mito la fraternidad.

Mi MADRE contrajo matrimonio apenas abriendo a la vida sus capullos. Fue una mujer hermosa, fresca, lozana, como la primavera. Los rizos caían sobre su frente sonrosada, y en el verde mar de sus ojos se apagaban las estrellas.

La quiso mi PADRE con amor entrañable, y ella supo responder con devoción a tanto afecto. Fue mi hogar modelo de virtudes. Inteligencia y corazón se tendieron, amorosamente, las manos.

El brazo de la muerte estrechó a mis padres, en plena juventud, y dejó en mi corazón de niña lágrimas de pesar jamás marchito.

Mi padre murió, según cuenta la crónica indiscreta, por efectos de un tósigo. Dió en su residencia, en Cartago, el 30 de noviembre de 1894, un banquete en honor del entonces Presidente don RAFAEL IGLESIAS CASTRO. Parece que siempre se vislumbaba el temor de que el ilustre repúblico pudiese ser envenenado. Mi padre, a fin de desvanecer en el ánimo del señor Iglesias esa preocupación, cambió la copa en el momento del brindis. Según rumores ya la muerte había sido puesta en el fondo del cristal, quizás por algún enemigo oculto, encarnizado del caudillo, y así la bebí mi padre, en dosis tan pequeña, que un mes fue preciso para tronchar su fecunda existencia.

Treinta y tres años tenía al morir, y mi pobre madre quedaba con dos hijos, a los veinti-

nueve, y uno por venir al mundo.

Nadie me dijo que el señor Presidente supiera tan dolorosa historia, esa que circuló después. Lo cierto fue que, en dos ocasiones, quiso ser él, como Primer Magistrado de la República, quien me entregara los premios que recibí, en Primero y Segundo Grados de la Escuela Primaria, y en las dos ocasiones me acarició la cabeza con paternal afecto.

Más tarde supe que el señor Iglesias Castro le había declarado a mi hermano JORGE, en visita que equél le hiciera a éste, en su apartamento de Nueva York, que el caso así como lo cuento, había ocurrido.

Nunca me detuve a pensar en aquel daño indirecto, ni tenía don Rafael culpa alguna en la desgracia, si así como la narraban las gentes había ocurrido para perenne aflicción nuestra.

¡Era yo tan infantil entonces! No podía medir el dolor de mi madre. Cuando expiró mi padre, el 30 de diciembre de 1894, hu-

bo necesidad de ir a traerme de la calle, sin conciencia de lo que hacía, sin capacidad para medir el intenso dolor hogareño, la pérdida irreparable de aquel ser que me adoraba con todas las ternuras de su alma. Yo corría tras los disfraces de las fiestas cívicas capitalinas.

Llegué aturdida a la casa mortuoria, propiedad entonces del querido amigo de mis progenitores, AUGUSTO GALLARDO, hoy pertenencia de la sucesión de don TEODOSIO CASTRO, situada frente a la que fue morada de la noble matrona doña CARMEN GUELL DE FERNANDEZ.

La angustia materna la escucharon todas las alboradas, la repetían los ecos, la llevaba sollozando el viento. No comprendía yo cuánto significaba aquel dolor. Para dicha nuestra, en esa edad, los pesares los envuelve un misterio. Pero, instintivamente, no me aparté de mi madre un solo instante. La veía caminar silencio-

sa y la besaba mucho. Por las noches la arrullaba con mis caricias y ella encontraba el sueño cuando mis dedos se metían en sus cabellos rubios y rizados. Dormí con ella, en la gran cama matrimonial, hasta la víspera de su muerte.

El llanto de sus ojos humedecía su voz y sus miradas. ¡Pobre madre mía! Llevaba tantas lágrimas que turbaban a veces hasta el mismo silencio de sus noches!

Duermen mis padres. Para mí no han muerto. Me parece verlos flotar entre las nubes, y bajar hasta mi sueño. Lograron infundirle a mi alma la dulce esperanza de los cielos, y a mí fortaleza para salir vencedora, muchas veces, de las duras pruebas que puso el destino en mi sendero.

*"Del libro inédito":  
La mujer costarricense a  
través de cuatro siglos.*

# Respuesta a Guido Fernández

Por Alfredo Cardona Peña

Hay en la fiesta de toros, de la que un tiempo anduve enamorado, una suerte muy difícil, y es la de banderillas. Cita el torero a la bestia, muy pinturero y garboso, da dos o tres vueltas sobre sí mismo, se arranca el animal y cuando está a punto de clavarle las banderillas, el toro hace un movimiento extraño y el torero se queda con los palos en alto. No puede ponerle el par de banderillas, pero como la faena ha sido de mérito, se le aplaude con entusiasmo. Algo de esto ha sucedido con la carta que usted me dirige y publica en *Brecha*.

Antes de entrar en detalles, me apresuro a agradecerle los conceptos que vierte sobre mi modesta obra literaria, hecha a salto de mata, sin ayuda de nadie ni de nada, como parece deben hacerse

siempre las realizaciones de las llamadas artes liberales. No creo merecer una admiración tan valiosa como la suya, pues bien poco he hecho en el caudal expresivo de hoy. Los escasos aciertos que haya podido tener se deben, creo, a factores heredados por mi naturaleza natal y a un entusiasmo ciego y absoluto por la palabra poética. Ni le mixturo ni le axegero modestia. Conozco en dónde residen mis limitaciones y mis hallazgos, pero se lo digo para poner las cosas en su lugar. Jamás he pretendido el aplauso ni provocado elogios. Puesto a recibir un galardón, no he pensado en sus consecuencias ni mucho menos esperado que en San José dieran "las doce con bombas". ¿Soy una lindeza de perfección, una monada de equili-

brio? No señor. Ni tanto que quemme al sano ni tanto que no lo aiumbre. Me ha desesperado la indiferencia, me ha dolido la zarpa cainita, he dicho muy malas palabras ante el truco del vendedor de pensamientos, y llegada la ocasión he sabido desahogarme. Pero un deshaogo con respecto a mi tierra—algo a que tengo perfecto derecho—no es una venganza, y a eso voy.

El motivo de su carta fue la lectura de una entrevista que me hizo Muricio de la Selva, publicada originalmente en el periódico *Excelsior*, de México, D. F., y reproducida en *La Prensa Libre*, de San José. Desgraciadamente no la tengo a mano para ajustar mejor mi respuesta, pues vivo en un mar de papeles y nunca termino de ponerlos en orden. He

buscado en gavetas y cuadernos de recortes de prensa y no ha podido localizar el que necesito. Pero no importa. Yo sé mi cuento y el suyo.

Dice usted que he renunciado a mi nacionalidad porque no me hacen caso mis conciudadanos, lo cual le parece (y es muy justo que parezca a otros, si aceptan la versión que usted da) "una venganza pueril, una represalia de infante resentido".

No he renunciado a mi nacionalidad, pero si algún día renunciara a ella, no sería ni por venganza ni por represalia ante la actitud de mis paisanos. Si lo hiciera por ese motivo tan absurdo, enmudecería para siempre. Usted comprende lo ridículo que es decirle eso a un escritor.

Cuando, *jurídicamente*, obtenga mi naturalización mexicana, habré consumado un acto de defensa personal, y no para decirle a ustedes: "¿Ya ven? Como no me hicieron caso ahí va mi contestación". Y les mando una fotografía vestido de charro. ¿Cree usted que yo soy tan niño como para incurrir en una puerilidad semejante?

Le he hablado de un acto de defensa personal, y quiero explicarme mejor: si yo gestionara mi naturalización mexicana, lo haría para defender mis intereses económicos, legales y sociales, y en cierta y no escasa medida, para justificar el cumplimiento de mi vida en un país que me ha dado esposa, hijos y libros, puesto que aquí han nacido esos tres únicos bienes que poseo; un país que me ha dado ocasión de trabajar en lo que me gusta, que son las letras, y no precisamente las de banco; un país que me ha dado personalidad, que me ha sabido situar, y por lo cual yo resulto esta pequeña e indefensa cosa: **un ser que vive de lo que produce su imaginación, como vive el carpintero de sus manos.**

Ahora bien, yo no creo que se pueda renunciar a una nacionalidad. Se puede, sí, renunciar a ciertos derechos legales para adquirir otros ahí donde el individuo desplaza su actividad, pero sustituir un "modo de ser" por otro, como quien abandona un traje deteriorado para ponerse uno nuevo, es algo que no puede suceder, que no ha sucedido. Yo no sé que piensen de estas cosas los especialistas en Derecho civil y administrativo. Ni me importa. Pero la nacionalidad, que es el resultado potencial y dinámico del nacimiento, es un

fenómeno fatal e inalienable, absolutamente entrañado en la persona, de tal manera que únicamente cesa con el morir. Quiero decir que yo, aunque lo quisiera, no podría dejar de ser costarricense, y esto es precisamente lo que me salva como escritor, pues del choque producido entre las incitaciones del país de adopción y las formas perdurables de la nacencia, surge un tono diferencial, surge un estilo. (No digo que lo haya conseguido, pero en ello me esfuerzo). Mire usted: me encontraba una vez en una ciudad provinciana, a varios miles de kilómetros de la capital. Había ido a dar una conferencia, y después del acto fui presentado en una casa donde había regocijo y vehuela, y cuyos dueños no me conocían. Estaba tan contento que comencé a hablar, ante un grupo de viejos hacendados, del general Alvaro Obregón, de su asombrosa memoria y de la batalla de Celaya, donde el divisionario perdió un brazo. Les hablaba de esto porque, en el ir y venir de la plática, se llegó al tema de la cirugía, y yo acababa de entrevistar para una revista al doctor Osornio, quien asistió a Obregón en el campo de batalla al ocurrir la tragedia. Bueno, pues de repente, un viejito muy parecido a los nuestros, con el puro en la boca y arrugando los ojos, me dijo, el muy ladino: "¿Es usted mexicano?"... y es que basta una palabra, un dejo en la frase, para que se delate el manar del origen. Manar hermoso, porque brota temblando de leche y arrullado por aquellas *meceduras orales* que decía Gabriela. Así pues yo siempre seré costarricense aunque relate anécdotas de la Revolución Mexicana y tome tequila.

Pero sigamos adelante. Dice su carta que mis quejas "son ingenieras", colige un "acento plañidero" en mis respuestas a Mauricio de la Selva, y hasta recuerda las "rencillas de vieja de patio". En suma: que me regala usted en forma gratuita una vanidad enfermiza y torpe. Mi vanidad es otra, mi querido Guido Fernández; no es la desencantada que usted supone. Mi vanidad consiste en guardar la distancia con los mediocres y en sentarme en la última silla para esperar —si acaso ocurre el milagro— que me inviten a ocupar una más visible. Pero la otra, la que pone los ojos en blanco y se desmaya, la que es prima hermana del chisme de sacristía y abuela de la carajadita de Jeremías, esa no

me la miente porque tiene la cara torcida y produce urticaria. Lo que sucede es que a usted le dolió el tono de mi charla-entrevista, que se sintió molesto como costarricense de yo haya hablado así, tan de lengua larga, de Costa Rica. Pero la verdad es que, ya no digamos el Estado, pero ni siquiera la iniciativa independiente (¿la habrá?) ha hecho nada, nunca, por un escritor. No, no crea que mi deshaogo (porque eso fue, un deshaogo), sea todo puerilidad, ingenuidad, "cosilla de tres por cinco". En el fondo plantea un verdadero problema, el problema de la salvación de la inteligencia humillada por los grupos hostiles, sordos, ensotados y retardatarios que se oponen al avance progresista del mundo. Y no lo digo por mí, que poca cosa soy. Aquí desaparezco con todas mis señales. Lo digo por la verdadera cultura costarricense, de la cual yo soy un cachito. Mire, para poder hablar como lo hice en la entrevista, se necesita antes abandonar el hogar en plena adolescencia martirizada, llegar a un ambiente reñido con la propia vocación, no tener un centavo para vestirse, salir otra vez a la calle, al mundo, a la noche, al deseo y la sed, llegar a una ciudad inmensa, milagrear el salario, encerrarse seis años en una biblioteca, escribir mucho y en un momento indecible sentir el aletazo de una idea, la congoja de la expresión, la duda y la certeza de su dominio, ahí frente a la envidia agazapada. Esperar... y un buen día, cuando usted se siente un poco seguro, cuando ya es alguien en distinta parte, le preguntan que de dónde es, que por qué renuncia usted a su nacionalidad, que a lo mejor no está bueno eso, que fíjese usted en esto y en lo otro, y que por aquí y que por allá. Entonces usted se enfurece y comienza a despotricar. No, amigo Fernández, mi respuesta en borbotón, no puede ser ingenua. Será todo lo que Ud. quiera, pero menos ingenua porque yo la proyecté con toda intención, la di pensando en los comentarios que iba a suscitar, aunque, cierta-

mente, no imaginé el sesgo que usted le iba a dar. Por eso quiero que nos entendamos y no me mal interprete. Además, yo nunca he pensado en ser alguien en Costa Rica. Conozco mi tierra y sé lo que digo. Como tampoco he pensado dejar de amar mi paisaje, mi barro y mi pueblo. No puedo. No podría. ¿Se acuerda usted de "Primer Paraíso", ese librito tan lleno de fantasmas, tan bochorosamente sentimental? Pues ahí digo:

*La tierra es uno mismo, uno la  
[lleva]  
en pelo, en uña, en frente y me-  
[lodia],  
al aire viva y en el canto nueva.*

Yo llevo mi tierra dentro de mí. Y basta. Pero, antes de terminar, debo recordarle, para que vea cómo no puedo "tomar venganza" contra la actitud de mis paisanos, que yo estoy relacionado con los grupos valiosos de San José, que los hay muy grandes. Ellos me estiman y yo los estimo. Ellos me conocen y yo los conozco. Hermanos somos en la esperanza y el trabajo. ¿A qué pedir más? ¿Cree usted que yo pueda pedir más? Mis lanzazos y puyas y desdenes van dirigidos a la casta del señorito josefino con pujos intolerables, a los politiquillos y a los comensales de la diplomacia y de la intriga palaciega, no a los verdaderos trabajadores sobre quienes resplandece el ángel futuro.

Después de esta respuesta, un poco deshilvanada y en prosa a prisa, no he de referirme nunca más al liquidado problema de mi nacionalidad. *Vade retro* le digo al tema, uno de los de pésimo gusto que me han asaltado. Su carta y esta respuesta sirvan de comprensión mutua, de acercamiento y amistad. Lejos de mí la intolerancia y el gesto amargo. Al contrario, he celebrado su flecha en alto, su agilidad y desenfado en decir las cosas. Después de todo, suya será la mañana cuando comience a llegar mi tarde. Lo saluda.

**NOE SOLANO**

**DIBUJANTE**

**OFICINAS:** Edificio La Arena, planta baja. Frente Almacén Lines.

# Jules Supervielle o la aventura de la Poesía

Por León Pacheco

Jules Supervielle, el admirable poeta cuyas visiones del mundo forman el paisaje de un lirismo inédito, después de haber errado por las pampas rumorosas y solitarias de la América del Sur las abandona, con un gesto de desesperación nostálgica, para instalarse bajo el cielo de Francia. En el engranaje de este lirismo sentimos, sin embargo, una alegría nada sedentaria, quizás porque el espíritu de este poeta ha conocido todos los climas y todas las fiebres de la tierra: también ha recorrido los caminos más opuestos del arte, desde el versolibrismo hasta la geometría limitada de las expresiones clásicas. Su poesía es, por lo demás, una fiebre a alta presión dilatada tanto en el tiempo como en el espacio. No es otro el empeño de este aventurero de las emociones líricas: en su misión de cazador de imágenes, de cristizador de sensaciones sensibles, descarnadas y esenciales como quiere el desconsuelo de nuestro arte moderno, de improvisador de mundos y de sueños sutiles, reduce siempre su alma a la más noble y graciosa manifestación humana.

Penetramos de lleno en los dominios de un poeta: su sensibilidad, su emoción, sus formas representativas nos revelan lo que ya sospechábamos en las anécdotas de los personajes de sus novelas. Pero como es poeta, no sólo las fantasías y las ideas sensibles lo atraen: también las metafísicas enrevesadas, las plásticas sensibles, las sugerencias psicológicas en que la vida se resume en una confluencia de postulados divinos y crueldades misteriosas. Por tales rumbos nos lleva a los dominios de la poesía moderna, cuyo nacimiento data de los esfuerzos líricos de Arturo Rimbaud,

quien descubrió lo que un crítico llama "el romanticismo interior". Es la liberación de todo cuanto nos posee sin el temor de violentar, en el torbellino de la creación, el ritmo de las palabras y de las ideas. Nos hallamos muy lejos, pues, de los simbolistas que todo lo resolvieron por la vaguedad musical de las palabras y de las sugerencias líricas. No olvidemos que casi todos los maestros de esta ante-crisis del arte sacrificaron el secreto de la verdadera poesía a lo que ellos mismos llamaron la estética. No violamos, por supuesto, la autenticidad de los grandes iniciados del movimiento— ¡oh sombra de Mallarmé!, —porque en ellos sorprendemos la fuerza humana, acaso solitaria, que en vano trata de reducir sus angustias y sus problemas líricos a expresiones comunicativas, es decir, a fórmulas de liberación del misterio. Pero los que vinieron después, los que contribuyeron a la verdadera liberación del lirismo, sí supieron crear las formas de un subjetivismo emotivo que es como el fondo de toda la poesía moderna. Rimbaud inicia la lucha devolviéndole a la poesía su vitalidad casi espontánea; luego viene el desbordamiento trágico de las prosas desconcertantes del conde de Léautrémont. También Jules Laforgue asoma su suave y melancólica ironía en este panorama.

De esta liberación, de esta complicidad de todos los elementos humanos en un fin poético, ha nacido el arte moderno. Claudel es el que mejor realiza este "orden dentro de la anarquía", aunque rompa— y quizás por ello mismo su obra sea tan significativa—, la tradición de la armonía francesa para formar una nueva

lengua arquitectónica y recia, para la expresión de su bondad artística. Acentúan esta liberación los que descubren, dentro de los nuevos modos de expresarse, en sus comunicaciones con otros pueblos y civilizaciones de la tierra, un afán por llegar a los dominios de un ritmo interior verdaderamente lírico: los cantos de Barnabooth escritos en todos los sleeping-cars que parten hacia los rincones más contradictorios del mundo; las constelaciones de Saint-John Perse, fuertes y extrañas como los períodos en que acomodan sus inquietudes; el simbolismo, casi solitario, de León Paul Fargue y en los últimos años las locuras de los discípulos del dadaísmo que remataron en el movimiento "surrealista". Tal es la geografía intelectual de las inquietudes del lirismo moderno, en sus flujos bajo un cielo en gestación de sistemas estéticos que reducen las leyes del arte. Apollinaire fue el primero en lanzar el grito de alarma de esta libertad lírica defendiendo los brotes tempranos de la nueva sensibilidad. El arte nuevo, que al sentirlo simplemente parece no ser sino una locura o capricho de escuela, representa el más interesante movimiento realizado por la poesía. Es justamente la iniciación a una magia en que el lirismo tendrá su significado concreto, en sus manifestaciones religiosas tanto como en sus consecuencias de desequilibrio del alma; aunque no fuera más que por esto, es preciso declarar que si en el mundo de los sentidos no alcanza a satisfacer los anhelos de la preponderancia que la materia tiene en la civilización actual, por lo menos esta forma de la audacia libre es digna del destino humano, pues no rehuye prestar sus expresiones

para el nacimiento un nuevo espíritu religioso.

Jules Supervielle es uno de los poetas que mejor caracterizan esta nueva corriente aunque oculte los secretos estremecimientos de su lirismo, en las formas regulares de sus versos. Es un poeta auténtico dentro de la generación a que pertenece y para prestigiarlo como un momento interesantísimo de la poesía francesa, bastan sus poemas *Débarcadères*, *Gravitations*, *Olorom Saint-Marie*, *Le Forcat Innocent*, que esparcen, hacia todos los rumbos del alma, de la fantasía y de la ternura retenida, un curioso mundo de posibilidades líricas. Al penetrar en los horizontes infinitos de sus poemas sentimos una especie de superstición prendida en el canto domesticado de los colores espectrales de una naturaleza fuera de la realidad y sometidos a un ardor metafísico que vivifica todo lo que toca, todo lo que enreda en sus ansias musicales. Es un trasmundo de cuanto nos ofrece la generosidad de los sentidos, dilatándose en un túnel psicológico que no llega nunca al fondo de la sensibilidad y la inteligencia. ¡Qué lenta y difícil iniciación al misterio las de este arte que, sin embargo, nos invita a vivir sus consecuencias plenamente! Pero cuando llegamos hasta él, cuando el oculto sentido de sus intenciones nos penetra, oímos llegar hasta nosotros una consolación espiritual en un mundo en que todo es desconocido: desde las estrellas hasta una vaguedad personal que viaja en un ambiente calcinado por las fuerzas imprevisibles que se hallan detrás de "las espaldas del espacio". ¿Recordáis la incertidumbre diabólica que André Gide nos hizo gustar, amargamente, en el poeta inglés William Blake? Supervielle no es un poeta satánico, pero en sus manos las perspectivas de las apariencias sensibles se modelan según la lógica de la fantasía que despliegue el bien y el mal como un abanico que ventilara todas las fuerzas de lo desconocido.

(¡La fantasía! Cuando hablamos de los poetas quisiéramos que esta palabra no viniera a nuestra memoria, pues nos evoca todos los errores que ha creado la literatura comparativa, la literatura de las metáforas. Jules Supervielle es el más parco de los poetas: en tal sentido sigue las tendencias del arte moderno que

ha relegado la metáfora como las otras formas de la elocuencia, para las expresiones inferiores. La poesía no tiene necesidad de metáforas. La poesía debe insinuarse al espíritu directamente creando solamente imágenes prontas a transformarse en realidades superiores. ¡Cuántos siglos se han necesitado para convencer a los artistas que la fantasía y su descendiente literario, la metáfora, son el enemigo mayor de la emoción: con ella sólo se llega a la superstición del arte y a la negación de su verdadera facultad creadora).

Si en un principio se sintió en la formación del espíritu de Supervielle una tendencia hacia los planes emotivos que más concuerdan con su sensibilidad, hoy podemos decir que ya ha encontrado el sentido cabal e íntegro de su inteligencia y de sus manifestaciones líricas. En el análisis de este poeta no vacilamos en hablar de inteligencia, en su sentido de orden, dominio de pasiones, equilibrio del espíritu, pues no hay arte más lógico y emoción correspondiente más pura que los suyos. Al aparecer su primer libro de poemas, *Poèmes*, se pudo pensar en la influencia de su compatriota Jules Laforgue y acaso de algunos simbolistas. Luego, cuando los soberbios frescos de los *Débarcadères* vieron la luz, se pudieron evocar las huellas de Paul Claudel, de Saint-Léger Leger, de los norteamericanos que van de Walt Whitman a Robert Frost y aun retorno a cierta estructura medioeval. Pero en sus más recientes libros hallamos lo que es suyo; su sensibilidad y su fuerza de abstracción lírica resaltan en los poemas de *Gravitations*, *Olorom Saint-Marie*, *Le Forcat Innocent*. Despliega el espíritu con pereza religiosa, hacia los rumbos desconocidos de su nuevo arte, muy dueño de su equipo de imágenes, de sus quimeras, de sus metafísicas consoladoras, de su maquinaria interior que empuja, a modo de un viaje por los países de la eternidad, —como las velas de todos los sedientos de horizontes fugaces—, sus secretos y sus nostalgias. En la visión de lo sitios que contemplaron las generaciones que fueron madurando, en las entrañas del tiempo, su alma de poeta, se detiene unos instantes para despertar las sombras de los amores prematuros que otros seres gozaron antes que él: de

su descenso al pasado nos trae unos poemas bellos, aun temblorosos del abrazo que le dió a la muerte. La sorpresa que le produjo la continuidad vital de los seres y las cosas prende su vuelo en este retorno al laboratorio en que se opera la noción del cambio.

En la iniciación de su carrera poética Jules Supervielle cantó lo que habían visto sus ojos, lo que había conservado su memoria de la edad de su niñez, cuando sus sentidos almacenaron la soledad rojiza y entristecedora de las pampas de su tierra natal, el Uruguay, pues este poeta, como Jules Laforgue e Isidore Ducasse (el conde de Léautrémont), nació al borde de las tierras ilimitadas de Sud América: tierras de ensueño donde los hombres han aprendido la canción monótona de la nostalgia. Oídlo exclamar —con el mismo fervor con que el solitario de Manhattan cantaba a su ciudad muy querida desde lo alto del puente de Brooklyn,—su canción de la hierba que no conoce el agotamiento del horizonte:

*Je fais corps avec la pampa qui  
ne connaît pas la mythologie...*

Por sus desembarcaderos líricos desfilan paisajes de todos los colores sobre el lomo de bestias de carga, grandes soledades que el viento curva, bajo el sol o la luna, hierba reseca humedecida por el mujido de novillos furiosos que miden el arco del horizonte con sus hocicos cuajados de espuma, y el desfile de las manadas de bueyes, grandes como árboles solitarios, robustos como el cielo, apacibles como el canto de guitarra del gaucho, perdido en la noche de América, una pena romántica en el fondo del alma... Y entonces, cuando el amor apacigua esta costra de inquietudes que son la dádiva de los sentidos abiertos al mundo, inicia, desde su casa de París, el viaje de sus ideas, de sus "desintegraciones sentimentales", de sus nostalgias, y nos relata el anverso y el reverso de una tierra construída para el uso personal: se burla de las leyes naturales; lo que es concreto en la realidad es falso para él; la abstracción humana es más real, por el contrario, de como la percibimos. Todo es un conjunto en marcha, una sucesión de misterios en un perenne

desplazamiento: el poeta contempla su mundo desde la ventana de su vida, cuya misma textura debe parecerle funambulesca. Recordemos la evocación del conde de Léautrémont: fantasía, misterio, inquietud flotando en un cielo de azufre en el que hubiera soplado, con sus carrillos inflados por la imaginación, una divinidad escondida en los parajes secretos del trasmundo.

A partir de esta teoría de metafísicas líricas, en el mismo plano de evocación, Supervielle nos transporta al dominio de sus bellezas sentimentales con un libro diminuto que es una verdadera obra maestra de la actual poesía francesa: *Marie Saint-Oloron*. Es el viaje de un desplegamiento, en las dimensiones del pasado, del tiempo durante el cual reviven todos los sentimientos, ideas, emociones de los seres que forman la osatura de su alma. En estos poemas profundos e inquietantes, nos recuerda la fuerza lírica de Reiner Maria Rilke, otro raro poeta que también descendió al fondo de la memoria de la sensibilidad. Todo es emoción religiosa en estos poemas, secreta conformidad con las energías que forman la órbita de los mundos sensibles de los cuales no somos responsables sino es por la ley de la continuidad de la especie. El poeta canta el frío de estos mun-

dos angustiosos que se hallan en las profundidades de la eternidad como simples larvas de la memoria:

*Mais en nous rien n'est plus sûr  
Que ce froid qui vous ressemble,  
Et s'élève comme un mur  
De givre derrière un tremblement.*

*Ne me tournez pas le dos. Ne  
sentez-vous*

*Un vivant de votre race près de  
vos anciens genoux?*

El soplo de los poemas de este libro despide el perfume de las cosas envejecidas, más allá del tiempo, en un rincón incontrolable del espacio donde el alma se hubiera inmovilizado en un sueño capaz de sinceridad. Es el mismo soplo de eternidad que hallamos en William Blake, pero en el inglés orientado hacia las regiones satánicas, aquellas en que la vida se resquebraja en una desintegración dolorosa; la sombra del ángel de Swendemborg contribuye a hacer sentir con mayor angustia el escalofrío de la epidermis del tiempo en su confusión con el espacio a través de cuya juntura los poetas asoman sus antenas adivinatorias. Por los antreros de esta poesía nos encaminamos hacia la locura, que nunca va más allá de una sensación de lo divino.

## THOMPSON & CIA. LTDA.

OFRECE EQUIPOS DE LA MEJOR CALIDAD:

- ✓ Maquinaria de Carpintería **DURO**
- ✓ Soldadoras de Arco **HOBART**
- ✓ Herramientas Eléctricas **SKIL**
- ✓ Bombas de Agua **DURO**
- ✓ Compresores de Aire **BRUNNER**
- ✓ Sierra de Cinta **DOALL**
- ✓ Poleas y Muñoneras de todo tamaño

Pregunte a quien tenga una  
máquina vendida por nosotros

Tels.: 2013 - 6187

# El Arte del Vitral en Costa Rica

Por Atonio Jaén-Morente



Luisa de Sáenz, tenaz y constante en su carrera artística y aprendiendo siempre, ha pintado ahora un excelente vitral.

No se trata de un vitral con destino religioso, aunque la autora no desconoce la alta genealogía de este arte. Excelso, en la francesa Catedral de Chartres—cuna del gran vitralismo—, y en la grandiosa española de León, con sus 230 ventanales.

La Catedral y el vitral puede decirse que nacieron juntos. Este, desaparece a fines del XVIII. La última Catedral que lo acoge es la de Segovia, en el terminal del XVII. Después, ausencia artística hasta hace no muchos años en que la Exposición Internacional de Artes Decorativas, lo recibió jubilosa.

La arquitectura religiosa, aún en su nueva orientación, y también la civil cuando tiene carácter de suntuosidad, lo aceptan como gran elemento decorativo y ornamental. Y los nuevos realizadores de vitrales contribuyen a una renovación del arte sacro en Francia.

En la Exposición "Arte Religioso de Hoy" de Dayton Art Institute, en Ohio, tuvieron brillante representación los vitrales de la "Chapel of Christ the Worker" (1945).

En Guatemala, la obra excelente de Julio Urruela para el Palacio Gubernamental, prueba su vencedora reivindicación.

La actual arquitectura, insis-

tente en llamarse funcional—, como si no lo hubiera sido toda—, se abre al sol y al aire y es amante del cristal. Si el urbanismo considera la ciudad como una obra de arte, la entiende a su vez como gran factor social y económico. Por ella, —como los murales— puede y debe el vitralismo, engalanar y ennoblecer las grandes casas colectivas, Asilos, Institutos, Escuelas.

El vitral es un hijo de la luz. A través del cristal, ésta se viste de azul radiante, que parece prodigo de sí mismo, o del rojo que contiene y retiene su luminosidad, o, simplemente, de blanco, como continúa en modestos conventos femeniles, recuerdo de la austeridad cistercense.

Estas remembranzas actualizan la obra artística de Luisa de Sáenz. Su vitral, tiene un metro cuarenta de ancho por uno diez de altura y está destinado a un bar hogareño. El mérito no consiste sólo en la dimensión, sino en lo conseguido. La luz penetra, suave y generosa, y forma un mosaico de colores, logrado con matices y tonalidades. El vitral es un aliado del sol. Difícil es, su acertada colocación. Quizá la luz artificial moderna podrá competir con el luminar de la naturaleza.

El manejo pictórico, color y luz en conjunción, es sumamente difícil para un completo lo-

gro estético. Precisa otra modalidad técnico-artista: la que "pinta con el calor fundente".

El color de carácter metálico exige la cocción. El horno función artística. Esta ecuación de obra creadora la ha logrado Adolfo Sáenz. Maestro en el corte de los cristales y en el emplomado, en toda la obra no hay la menor nube de materia pictórica.

Es cierto que el vitral es un ensueño catedralicio. Cuando las grandes bóvedas se elevaron a alturas no sospechadas y las magnas aberturas en los muros, dejaron pasar a torrentes la luz que cercenaban las ventanitas románticas, se asocia su triunfo a la gran arquitectura. Para mí, es de más constante interés su aproximación a las artes familiares de la gran época. Orfebres y plateros, dorados guadamaciles, azulejería, techumbre de alfarje moro y marfilados varagueños, se unen en la misma consideración afectiva.

La obra de Luisa Sáenz es un trabajo de arte familiar. Entiéndase, de familia de artistas. En lo antaño, así fue la de los Arfe y la de los Becerril, los grandes plateros de Custodias. En lo moderno, entre otros, los Zuloaga, pintores y ceramistas. Estas agrupaciones son siempre de intenso valor artístico por lo que tienen de escuela íntima y taller propio.

La nueva modalidad del taller vitralista costarricense demuestra la existencia de elementos capaces de formar un alumnado popular

## BACO

El vitral lleva en el centro un medallón con la cabeza de Baco joven. El "Tu, joven eterno", que le llamaron los poetas latinos. Es el Baco, como tipo de belleza que tanto agradó en el Renacimiento, y que siglos antes, habían exaltado los escultores helénicos. La

cara del Dios Alegre de las vendimias, preside el Bar.

Los primitivos vitralistas utilizaron mucho el medallón, al contrario del gótico. Baco, desde su medallón, mira al frente y está coronado de pámpanos y racimos. En los ángulos superiores, dos cabezas de sátiros—uno es Sileno—, pintado casi en grisalla. Y en los inferiores, dos perfiles de bellas bacantes, como flores del cortejo báquico, esmaltan la obra. No olvidando en su ornamentación los símbolos del macho cabrío y de la urraca parlera.

La composición, de buscada sencillez, tiene vida intensa. De las distintas y múltiples fábulas de Baco, ha elegido la autora, sólo la poética del Dios que atrae la felicidad, la alegría y el ensueño.

"Vitral", he dicho varias veces en este artículo. Espúreo vocablo para la Academia Española, que define la pintura vitrea como la hecha con "colores preparados", usando pincel y cociéndolos al fuego. Alguna vez, le llaman vidrieras en color, lo cual es, menor definición.

La palabra vitral dice y sugiere más que todas y habrá que aceptarla. No hago de censor con la Academia. Hoy menos que nunca, ya que casi canonizó mi S andaluz. Aceptándola "en el complejo dialectal del castellano que bajo las apariencias de su unidad no es una lengua uniforme". (G. de Diego).

Luisa de Sáenz, ha triunfado en el colorismo, que es la exigencia de este difícil arte. El color, de sobra es sabido, tiene entre otros valores estéticos, una importancia emocional y aún hondamente psicológica. En el vitral, él es el todo.

Y "Magister vitriarium", llamaban los viejos documentos a los artistas medioevales.



# La Campaña del Tránsito

## Del Profesor Rafael Obregón Loría

Por Alejandro Aguilar Machado.

Después del brillante estudio del Licenciado Hernán Peralta, sobre "don José María de Peralta", y los ilustres antepasados y descendientes suyos, no sin echar al olvido la influencia en el desarrollo de Costa Rica de varones tan preclaros, el acervo historiográfico nuestro, se ha dilatado en apreciables áreas con el libro, "La Campaña del Tránsito", del destacado profesor, Rafael Obregón Loría. El leal y bondadoso servidor de la cultura a quien nos referimos en estas líneas, con su reciente obra, ha elevado un monumento eterno a la gesta inmortal de Costa Rica, fuente insustituible de renovación y de fe en el presente y en lo porvenir. Mucho se ha escrito sobre la influencia de lo subjetivo en el campo de la producción histórica. Para algunos críticos, sólo alcanzan autoridad científica, es decir, con valor universal aquellas narraciones desenvueltas en un ámbito auténticamente objetivo. Pretenden así, reducir la interpretación de los hechos y fenómenos humanos, de los procesos de vida que van sucediéndose en el decurso del tiempo, a leyes protegidas con el mismo rigor científico que caracteriza a las clásicas afirmaciones de las ciencias positivas. Cuantos piensan de este modo, ignoran que el proceso histórico, es el más amplio y profundo proceso vital. En él opera la diversidad en despliegue de las formas de vida humana, para usar la acertada expresión de un egregio pensador. En la vida histórica vemos cómo afloran las más estupendas contradicciones y los impulsos divergentes y los aparentes o fatales retrocesos. Ahí, lo irracional en el sentido filosófico del vocablo, produce sus efectos. La vida que es progreso y no proceso, movimiento

renovador y sorprendente, debe contemplarse con su radical dinamismo, como valor y como finalidad. Costa Rica, acrisola su ser nacional y su destino histórico, en las campañas del cincuenta y seis y cincuenta y siete. Estas luchas, por su intrínseco valor, por su resonancia en la esfera de la libre determinación de los pueblos, puede y debe colocarse al nivel de las más heroicas y trascendentales, acontecidas hasta el presente. El valor esencial de la gesta centroamericana, a que aludimos, fulgura en la obra del las actuales generaciones que Ra-

profesor Obregón Loría con rasgos inconfundibles. La precisión de los datos que robustecen aquella obra, las citas oportunas de los interesantísimos documentos que en ella se incluyen, y la serenidad de los juicios con que el distinguido autor enfoca cada problema, en el marco siempre de las circunstancias de lugar y de tiempo, todo ello, conduce al lector de la medular monografía, a revivir en su propia sangre, las glorias inmarcesibles de nuestros venerandos abuelos.

las actuales generaciones que Ra-

fael Obregón para narrar, como lo ha hecho, con éxito singular, la empresa heroica cual ninguna, en que nos ocupamos. La ponderación y seriedad de su temperamento, su lealtad congénita a cuanto piensa o realiza, y su misma devoción por el estudio, devoción que en él es interna actitud y no ensayismo tropical, constituyen las credenciales que respaldan en Rafael Obregón, sus juicios ciertos de investigador.

Con la lectura de la Campaña del Tránsito, a no ser que en la época de las necesarias interdependencias que presenciamos, las ideologías extremistas colócanse al margen de la realidad vital del tiempo, abrigamos el deseo de que los centroamericanos establezcan como condición ineludible para aspirar al gobierno de nuestros pueblos, la de contar siquiera con un solo soldado en las filas gallardas de los paladines de la Campaña Nacional. ¡Tanto se avigoran las entrañas patrióticas nuestras y el legado de dignidad que recibimos como el más preciado capital de nuestros mayores, con la saludable lectura de la obra histórica comentada, gloriosa para Costa Rica y para su hijo ilustre: Rafael Obregón Loría!

## Presencia de Virgilio en la Literatura Española.

Por Francisco Hernández Urbina

A lo largo de los siglos XIV, XV y XVI, la cultura latina —a través de la italiana— se hizo sentir en las letras castellanas, debido a la avidez con que los magnates y los eruditos leían a los más eminentes pensadores romanos. La consecuencia de tal avidez fue la depuración del gusto, la claridad y la eutimia en el discurso; la selección y variedad en los motivos y la galanura y solidez en la exposición. Todas estas cualidades constituyeron el basamento en que se apoyó el Siglo de Oro Español.

Uno de los intelectuales que contribuyeron en la introducción y difusión del pensamiento latino fue Enrique de Villena, quien a

instancias de Juan II, rey de Portugal, tradujo La Eneida, de Virgilio, el más alto poeta latino. El monarca deseaba conocer la obra maestra del panida que había guiado al Dante en su viaje de ultratumba.

No hay duda que la traducción de Enrique le Villena adolece de grandes defectos. Su estilo, por ejemplo, es un tanto chocarrero y alambicado, fuera de que "es de escasa fidelidad". Sin embargo, ostenta la muy merecida gloria de ser la más antigua que se conoce, en *sermo vulgaris*, del gran poema virgiliano.

Por muchos lados se puede descubrir la influencia latina en la

literatura española. Pero donde se aprecia con más claridad es en la escena de la madre de Lorenzo Dávalos; escena prácticamente tomada del libro IV de La Eneida, en la cual el poeta habla de la tristeza y desconsuelo de la madre de Eurialo.

Garcilaso, que es otro de los paladines del pensamiento español, probablemente no hubiera hecho obra perdurable, si no hubiese acomodado sus creaciones a la nueva canónica latina. Sus 3 églogas, 5 canciones, 2 elegías, 1 epístola y sus 38 sonetos —que forman su obra total—, respiran una auténtica vida latina. Pero fue especialmente con sus églogas que introdujo la poesía bu-



# Abel y Cain en el Ser Histórico de la Nación Costarricense

Por Abelardo Bonilla

Existe hoy en Costa Rica como en todos los países cultos, aunque en todos sea necesariamente preocupación de minoría, un interés creciente por conocer más profundamente el ser de la nación, que hasta ahora sólo nos ha sido dado en su exterioridad por los ensayos históricos y sociológicos. Priva la impresión, no siempre razonada pero intuitivamente certera, de que en el trasfondo de nuestra historia nacional, tal como ha sido trazada corrientemente, queda una penumbra de grandes posibilidades hasta la cual no han penetrado los métodos usuales de investigación.

El propósito de este ensayo es aportar una contribución a ese interés creciente, desde una posición —una actitud más bien nueva, contribución que juzgamos más fértil y de más ricas posibilidades, por el punto de vista desde el cual enfocamos el problema histórico, siempre que esta introducción al tema tenga la fortuna de madurar y concretarse posteriormente en estudios más vastos y de mayor rigor.

Expondremos brevemente el punto de partida y el método de nuestro empeño.

La nación es, en primer lugar, un hecho vital y, en consecuencia, histórico. Es, además, un fenómeno social, político y económi-

co. Estos tres últimos aspectos —lo externo y cambiante han sido hasta ahora las rutas principales del historiador, que olvida, en su preocupación documental, el plano profundo de la vida o lo capta únicamente y de modo fragmentario en las biografías o en períodos aislados de la existencia de los pueblos.

La historia, tratada en esta forma, nos da imágenes de superficie, inertes, como las que proporciona la placa fotográfica corriente y muy diversas sin duda a las que podría proporcionar —es una metáfora que no carece de probabilidades— una pantalla de fluoroscopia que nos revelara la interioridad viva del ser histórico.

La comprensión y vivencia del hecho nacional no se obtendrán nunca desde el punto de vista de los aspectos externos, porque éstos son únicamente manifestaciones parciales de una realidad más profunda: la vida auténtica de la nación costarricense, para la cual, como para todas las sociedades humanas, vivir es la necesidad inexorable de determinación, en un estado común y hacia un destino común.

¿Existe esta condición colectiva en Costa Rica? Es evidente que en nuestra nacionalidad faltan muchos nexos de tipo social. No es solamente el predominio

del individualismo lo que nos caracteriza. No existe un dogma nacional. No hay intención ni propósitos comunes y los valores, inexistentes o muy esfumados, no han llegado todavía a imprimir su dinamismo en la marcha de la nación.

Es indispensable explorar y fijar las causas de esta realidad.

Durante los tres siglos del coloniaje, que constituyeron nuestro período de formación nacional, no se consiguió formar una ciudad. Es este un hecho fundamental y determinante en nuestro ser histórico.

Cartago, el mayor núcleo de población y sede de los gobernadores, no fue una ciudad. Su magnitud física y humana era mínima; su acción directora y centralizadora se debía exclusivamente a que era el principal asiento de la raza blanca; carecía de medios de trabajo y sus gentes buscaron en los siglos XVII y XVIII la expansión rural y la disgregación, primero hacia el Atlántico y después hacia las regiones occidentales. Y no para fundar nuevos núcleos de convivencia sino para aislarse en sus haciendas. Varias fundaciones iniciales desaparecieron y fue dura y en gran parte estéril la lucha de las autoridades por congregarse a los colonos en los primeros centros de población: Villa Vieja,

Villa Nueva de la Boca del Monte y Villa Hermosa, hitos que señalaron la formación de nuestra democracia rural y que consolidaron la herencia individualista española.

En los orígenes del individualismo español, además de la mezcla original de razas, se ha apuntado como causa principal la de la dureza y aridez del suelo peninsular, que impide el crecimiento de la población y obliga al hombre a un esfuerzo personal exagerado que no halla compensación en el rendimiento. Esta circunstancia, por la pobreza y las condiciones económicas generales, fue aún más grave en Costa Rica y sus hombres —por la ausencia de la ciudad y de sus medios de cultura— desarrollaron a través de varias generaciones una individualidad fuerte y agreste, externa o de continente, sin el contenido espiritual de la personalidad. El español, pueblo de acción, desvió hacia la guerra el exceso de energía. El costarricense, mínimo en número, pobre y aislado, se concentró en la tierra y en la intimidad huraña del yo, de un yo en lucha como lo veremos más adelante.

Por la naturaleza del suelo y por que la ganadería fue la primera actividad de los colonos españoles, fue el nuestro originalmente un pueblo de pastores, que se vió

cólica o pastoril, o sea un género de corte genuinamente virgiliano.

No se crea, sin embargo, que Garsilaso se inspiró, por ejemplo en el ya citado Enrique de Villena. No: conoció e imitó a Virgilio a través de la Arcadia de Sannazaro.

Ya propósito, ¿qué son las églogas, que tanto mérito dieron

a Garsilaso y a sus mejores cultores? Son poemas que efunden un sentimiento idílico de la naturaleza; que realizan la idealización plena de la vida campestre y sus placeres. Cuando las églogas están construidas en versos, su arquitectura es flexible y delicada, como una orquídea; y blandamente armoniosa y per-

fumada, como un "bouquet" de jazmines del cabo. Y como sus imágenes presentan una inconfundible sencillez y transparencia, al incorporarse las églogas al pensamiento poético castellano, le dieron enriquecimiento y novedad.

Virgilianos fueron también:

Arcipreste de Hita; Jorge Montemayor, autor de Diana; Gil Polo, en su Diana Enamorada de mayor altura literaria que la anterior; Cervantes, en su Galatea; Fray Luis de León; Lope de Vega, en su Arcadia, y Juan de la Encina, que tradujo las Bucólicas e hizo una adaptación libre y natural a la poesía castellana.

impelido más tarde a serlo de labradores, mas no por vocación, sino porque la esclavitud de los indios y de los negros le presentaba la posibilidad de progresar con poco esfuerzo. La democracia rural y el patriarcalismo no fueron nunca construcciones de la razón ni decantación de un proceso histórico, sino raíz vital de un modo de ser íntimo del costarricense. Este es el punto de partida hacia una vivencia de nuestro ser histórico.

El relato del Génesis, psicológicamente profundo, nos da en Abel el tipo humano del pastor, soñador y poco afanoso, incapaz de esfuerzo y de tomar la vida en sentido activo, y nos ofrece en Caín —el hermano mayor y responsable— el arquetipo del labrador, del hombre de acción, dominado por la envidia. Abel muere a manos de Caín y éste, cansado de las faenas de la tierra, funda la ciudad de Henoch. La historia nada sabe sobre esta ciudad, el primer intento de los hombres por superar las formas de vida familiar y tribal y el primer movimiento hacia un convenio de carácter colectivo y político, pero es muy probable, que el propósito de unidad y dirección que movió a Caín encontrara fuertes resistencias de los labradores y, especialmente, de los pastores.

Ciudad y campo, entonces como hoy, no son únicamente dos planos de coexistencia sino dos distintas concepciones de la vida que tienen una base histórica y que, además, determinan la estructura de una nación. Durante el proceso formativo colonial dominó el campo en Costa Rica y no fue sino en el siglo XIX cuando, por obra del mayor desarrollo económico y del espíritu liberal, se inició en San José la consolidación de la ciudad y con ella la del Estado, pero predominando en ellos un espíritu campesino, el de Abel, que se ha manifestado hasta hoy en individualismo, libertad y actitud negativa para todas las formas de asociación y de empresa colectiva. Alguna vez será necesario estudiar lo que significó la afirmación de la ciudad, la de San José principalmente, en la evolución política y cultural del país.

Ahora no tratamos el problema sociológico. No son las diferencias o el desequilibrio entre ciudad y campo los que nos interesan, puesto que las consecuencias que de ellos se derivarán,

nos mantendrían siempre en la superficie del problema. Es necesario penetrar en el fondo de la cuestión y tratar de llegar a una estructura de conexiones históricas desde la clave misma de tal estructura, que es el individuo, arquitecto de la conciencia nacional. Sus defectos y sus grandezas, lo que ha realizado aislada o colectivamente, pueden revelarnos lo presente y abrirnos nuevas perspectivas para lo futuro. El tema del Génesis, desarrollado en nuestro tiempo por la filosofía existencial, nos proporciona un amplio campo de análisis, en cuanto abarca el problema del aislamiento, el de *el otro* y el de las relaciones interhumanas.

Los existencialistas contemporáneos no encuentran relación posible, cordial y plena, entre el *yo* y *el otro*, en cuanto el *yo* es siempre sujeto y centro del universo, lo que sitúa al hombre en soledad irrenunciable y hace teóricamente imposible toda auténtica vida social. *El otro* es para el *yo* un objeto, es decir, un sistema de experiencias que está fuera de su alcance. La vida social provoca inevitablemente el choque, y sospechamos que en *el otro*, objeto, hay también un *yo* que es a su vez y en su intimidad sujeto; sujeto que nos invade, que rompe nuestra libertad y nos hace sentir la fuerza y la problemática de la vida ajena. En esta lucha constante el *yo* se empeña en devolver la acción aprehensora, liberándose de la condición de objeto y tratando de mantener a *el otro* en su condición de objeto. Los resultados posibles de la relación pueden ser la indiferencia, la envidia, el odio o el amor.

En pueblos de tradición secular en la vida colectiva o en pueblos de profundo sentido religioso, las relaciones interhumanas, sin llegar a la relación absoluta, se acercan a ella por el imperativo de lo que Heidegger el *mitsein* (ser con otro) y la facilitan por los medios internos y externos de comunicación social: lengua, religión, identidad de intereses, empresas comunes y unidad política.

En pueblos jóvenes —y sobre todo en los que se han formado en las difíciles condiciones del costarricense— la relación es mínima y el choque más fuerte y definido. El hombre se ha recluso en su intimidad mucho más que en otros pueblos por espíritu de defensa, y los resultados del con-

flicto entre hombre y hombre han sido la indiferencia y la envidia, dos rasgos que se han señalado muchas veces, pero que no se han estudiado seriamente en sus causas y efectos.

La indiferencia —la más pobre actitud del hombre— ha moldeado a la nación en un material blando de formas desdibujadas y ha sido causante de la ausencia de sensibilidad característica de nuestro pueblo. Ser indiferente es situarse al margen del espíritu y de los grandes problemas humanos; es limitarse a tener una imagen óptica del mundo, eliminando las dimensiones de profundidad; es desconocer, por necedad o egoísmo, el riquísimo tesoro de las relaciones entre el *yo* y el mundo, del que se acendran la existencia auténtica, la inquietud religiosa y la emoción de la belleza. Nuestros estudiosos se han preguntado por qué carecemos de un arte popular en la esfera de lo lírico; por qué no se reconocen categorías intelectuales ni se respetan los valores individuales, con excepción de los políticos; por qué ante las obras más serias adopta el costarricense medio la actitud burlesca que llamamos “choteo” y por qué encuentran los más elevados propósitos una atmósfera de escepticismo y no filosófico ciertamente. La respuesta no ofrece dudas si la derivamos del concepto ontológico de indiferencia que hemos expuesto.

La envidia no es un vicio local, puesto que ha enfermado el alma del hombre desde los primeros tiempos, pero en los pueblos de acentuado individualismo actúa sin los efectos de estímulo que puede tener y se convierte en una destructora fuerza negativa. El *yo* no soporta la invasión de *el otro* y, sin la personalidad suficiente para superarlo o sin la humildad necesaria para elevarlo hacia el amor, se encastilla en el egoísmo y toma el camino de la envidia que conduce al odio. Intenta recobrar su libertad y se somete a una esclavitud mayor, la que envenenó el alma de Caín. Visible —y bien diríamos palpable— es la volición individual y colectiva del costarricense a igualar a todos; a cortar, por todos los medios que estén a su alcance, el vuelo de los mejores y a negar, sin conocerlos, los valores ajenos. La murmuración despiadada es el tema favorito de nuestras tertulias mundanas, en las que todo motivo elevado se halla *in partibus in-*

*fideliium*. No existe en el costarricense medio, por desconocimiento de su propia intimidad, una autovaloración: se valoran mirando a los demás e inquiriendo afanosamente el juicio que les merece a los demás, pero al mismo tiempo juzgando a éstos desde su propia y supuesta superioridad. De aquí que cualquier alteración de estas relaciones niveladoras, en perjuicio de su egoísmo, lo subleve y lo haga creer ingenuamente que se intenta situarlo ante una falsificación de valores.

Nada revela mejor la interioridad de un pueblo que sus espectáculos y aficiones favoritos, en los que salen a la superficie móviles y reacciones que en los momentos de quietud se mantienen ocultos. La intimidad espiritual del ateniense se manifestaba en las Panateneas, la del romano en el circo. Verdad es que no toleraríamos las sangrientas exhibiciones del Coliseo, pero estamos muy cerca de los juegos de fuerzas menores del circo, en que el *yo* encuentra un escape sin compromiso y se acepta colectivamente a *el otro* —colectiva y provisionalmente— porque no invade nuestra individualidad sino que la exalta, reflejándola en él.

La política, el fútbol —para citar dos espectáculos predilectos del costarricense— y el afán immoderado de riqueza material (no en cuanto la riqueza es aspiración justa para satisfacer necesidades vitales, sino en cuanto es espectáculo para los demás e intento de dominio egoísta), tienen mucho de circo y han creado categorías sociales que se respetan sobre las de la dignidad, el saber y el arte: la de los altos funcionarios oficiales, la de las “estrellas” deportivas y la de los ricos. Categorías, desde luego, que son ocasionales y que se destruyen cuando pasa la función.

La policía, no en su significación superior sino en su carácter circense, es —como el fútbol, como los juegos de gallos, los toros o el cine— una forma de catarsis de la presión histórica y actual a que está sometido el *yo* en su aislamiento y es en ella, o en menor escala en las canchas de fútbol, donde se concreta la única emoción colectiva y superficial de los costarricenses.

No sería completo el análisis

si únicamente consideráramos los defectos, la acción de Caín. Abel ha tenido y tiene una proyección importante en nuestra vida nacional.

El individualismo, aunque no dé grandes personalidades sino como excepción, ha tenido la virtud de librarnos del gregarismo socialista y de conservar ciertas conquistas democráticas. La emoción colectiva de tipo político de que antes hablamos, ha abandonado muchas veces la posición personalista y frívola para penetrar en las aguas profundas. La Campaña Nacional de 1856 y las reacciones del pueblo en 1889 y en 1948 demuestran que hay realidades, y sobre todo posibilidades brillantes, en los momentos decisivos en que el destino ha hecho un llamado a la conciencia nacional.

Por otra parte, el costarricense se ha librado quizá más que otros pueblos de la abstracción de las ideas generales, acostumbrándose a objetivarlas en el hombre. Esto implica necesariamente una poda de disciplina mental, pero aleja del racionalismo exagerado e impide caer en el dominio inconsciente de las masas y del no menos inconsciente del Estado absoluto.

Finalmente, el espíritu de Abel se conserva en el sentido patriarcal y pastoril de nuestro pueblo. La vida inauténtica, individualmente, es desolada, vacía e insostenible. Generalizada en la colectividad, elude los grandes problemas y economiza la tragedia en que éstos se resuelven. En el fondo de las aguas no somos distintos a la mayoría de los humanos. En la superficie, por compensación y conformidad, ofrecemos la apariencia de los lagos serenos y atrayentes.

Pueden ser enmendadas y rectificadas muchas cosas, todas las que no están en la naturaleza misma de lo humano y en la tremenda soledad angustiada del hombre ante lo infinito y ante su destino. La comprensión vital de la realidad histórica de nuestro ser, la educación y la voluntad son tres rutas directas hacia ese propósito.

Las vías formativas del costarricense tienen que ser corregidas de las desviaciones en que hoy se hallan. La educación pública —una de nuestras mejores realizaciones cuando no se había “modernizado”— está hoy empeñada en problemas puramente me-

todológicos, por los cuales comienza a olvidar sus fines. La religión se limita a una enseñanza formal y externa, que no se diferencia de la enseñanza elemental y práctica de cualquier ciencia positiva. Carecemos casi por completo de una educación filosófica y, principalmente, de una educación estética que curen el mal ya crónico de la insensibilidad para los grandes valores del espíritu. Nos falta adquirir y llevar a la práctica un concepto claro y adecuado de las relaciones sociales, es decir, resolver el problema esencial de nuestro tiempo: el del individuo en la colectividad.

“El hombre en colectividad no es el hombre con el hombre. No se libra a la persona de su aislamiento unciéndolo a otras vidas”,

dice el filósofo Martín Buber en su profunda obra *¿Qué es el hombre?*, al someter a juicio tanto al individualismo como al socialismo, defendiendo la tesis de que sólo entre personas auténticas puede darse una relación auténtica.

El ser fundamental de un pueblo no puede darse ni en el individualismo ingenuo, en el que hemos vivido los costarricenses, ni en el colectivismo doctrinario, al que se nos quiere lanzar. Ambos extremos son abstracciones, lo mismo en lo filosófico que en lo político: “El individuo es un hecho de la existencia en la medida en que entra en relaciones vivas con otros individuos; la colectividad es un hecho de existencia en la medida en que se edifica con unidades vivas de rela-

ción”. El pensador judío, como término a la lucha entre el *yo* y el *otro* y como base de una convivencia social libre y auténtica, propone la solución ontológica del *entre*, que ahora comienzan a estudiar la filosofía y la sociología contemporáneas.

Una evolución en el campo social, un nuevo rumbo en la marcha de nuestra comunidad hacia su destino, no pueden surgir de acciones programas externos y exclusivamente políticos. La base sólida de toda empresa constructiva en ese sentido debe ser eminentemente cultural. Su técnica y sus fines tienen que derivar de una comprensión filosófica, vivencia y razón en procesos complementarios, del ser histórico de la nación.

sólo 15 años  
entre esto



y esto



- a la edad de 30 años, uno de cada seis padres no llegará a ver a su hijo de 6 años cumplir los 21;
- a la edad de 35 años, uno de cada cinco padres;
- a la edad de 40 años, uno de cada cuatro padres!

sin embargo

Un SEGURO DE VIDA puede garantizarlo...

ya sea que usted *Viva o Muera*

HA ASEGURADO USTED LA EDUCACION SUPERIOR DE SU HIJO ... PASE LO QUE PASE ?



Instituto Nacional de Seguros

# LA DOMA

(Cuento)

Por Jorge Montero Madrigal

La gente se apretuja en las barreras.

Un cantor rasguea la guitarra.

Las pezuñas del toro levantan una nube de polvo que, bajo el sol ardiente, se mete en los ojos y se pega a los cuerpos sudorosos.

Bufo la bestia, sintiendo las rodillas que le aprietan el costillaje, y los diez dedos de las dos tenazas, en la nuca, aferradas a la arruga del cuero.

Salta una copla, escoltada por el cantar de primas y bordonas:

—“¡Barroso, toro temido, en pura arruga te he de llevar!— Este es grito de Bienvenido, que es todo un hombre para montar.”

Dos manos saltan de la arruga a los cachos, dos pies caen y se plantan firmes en el suelo, mientras subraya la copla un grito de triunfo— ¡Huyuyuy, toro matrero, ya te quitaste las ganas!— cuando un hocico babeante muerde el polvo.

El montador suelta los cuernos del toro y vuelve la cabeza hacia la barrera.

Dos ojos, de refilón, apenas si se cruzan con los suyos. Unos ojos por cuya indiferencia los gritos de aprobación de los viejos conocedores del arte de la doma no significan nada para él; ni las miradas de admiración de las mujeres.

No existe nada para él en esta plaza; nada, sino dos ojos que resbalan sobre el bruto dominado y sobre el hombre que lo dominara, para ir a perderse allá, arriba, donde rema una garza morera.

Con un: —¡Esa no se te amansa!— dos manos caen sobre los hombros del sabanero y lo arrastran hasta el otro lado de la barrera donde, como el nombre de Bienvenido, una botella va de boca en boca.

Bienvenido Briceño ha cruzado ya el umbral de la inmortalidad, aunque él posiblemente ni se dé cuenta de ello.

Vivirá después del día en que un cuerno le destroce las entrañas o un reventón contra la barrera lo desnude: su nombre anda ya en las bocas de los cantores.

Fero ese día está aún lejano: duro de horqueta el hombre, hoy por hoy no ha comido zacate el toro que lo tumbe, ni el caballo cerrero que no se le amanse.

Cuatro cascos sobre la pampa y dos tenazas sobre la rienda.

Ojo seguro y brazo firme, donde pone la vista cierra el lazo: silba la sogá acompañada por el grito de: —¡Pata izquierda!— o —¡Los dos cachos!—, y hay un lazo que se afianza donde él anuncia y una carrera que se corta en seco.

Dos biceps se hinchan y una ramazón de venas se acoyundan mientras dos rodillas aprietan y dos pies se afirman en los estribos.

Un teztuz se pega al bramadero o una mole levanta polvo y retumba contra el suelo, para que el hierro al rojo blanco ponga la marca.

¡Ese es Bienvenido!

Sólo una nube empañá su ho-

rizonte: Florinda Velázquez.

¡Chúcara la potranca!

Florinda vive sola, desde el temporal en que al viejo Velázquez se lo llevó una cabeza de agua, vadeando el San Carlos. Y había crecido desde entonces, cumpliendo unos dieciséis de estos de por acá, tan llenos de este sol que requema los pastos, cuando se le cruzó en el camino a Bienvenido.

Desde ese día se le acabó el sosiego al hombre y ya no fue más que un pasar al galope frente al rancho de la muchacha y un sacarle plumas al caballo cuando ella lo miraba.

Creó llevársela de encuentro, cómo a tantas otras que se le prendieron en la espuela; ¡pero le resultó rejega!

Desde la primera hablada lo plantó en su sitio:

—Vos no entrás a mi casa si no te acompaña el cura.—

Igual que una espinita se le metió en el alma.

Acostumbrado a apechugar con todo lo que se le pusiera por delante, atropellando yeguas y novillas y tumbando bestias y mujeres por el sólo ímpetu de su virilidad, no pudo comprender el deseo de la muchacha. Sólo sintió el golpe de una negativa, quemándole en lo más hondo de su orgullo de jinete.

Zumban las cuerdas de las guitarras.

Brincan las teclas de las marimbas, sobre las cuales brazo y bolillo son un solo haz de madera y tendones, con vida propia, que ya casi se escapa a la voluntad del marimbero.

Nubes de polvo se levantan del sucio, donde repiquetean espuelas y golpean talones siguiendo el ritmo que marca el rotundo quejido del quiyongo.

Ahí está Bienvenido: toda la noche estuvo agarrado a besos con la botella, arrojando valor para acercarse a una novilla que podría tumbar al primer empujón.

¡Cosas de la vida, que ni él mismo comprende!

No tiene oídos para la marimba.

No tiene ojos para las parejas que le remolinean alrededor.

No es más que un tropel de palabras que, en voz baja, para que sólo ella las oiga, salen atropellándose junto al oído de la muchacha.

Florinda aprieta los labios y con un mover la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, más insistente que la insistencia del sabanero, hace que Bienvenido olvide las palabras en voz baja y estalle de una vez a gritos:

—¡Pues qué querés, entonces!

Y tal vez sólo así, ante la violencia de un grito, comprenda ella qué es en realidad lo que desea. Instantánea, cruzándole la cara, le chicotea la respuesta:

—¡Quiero tu orgullo!

Dos caballos cruzan la pampa al galope.

El delantero lleva sobre los flancos la sangre que hace brotar la impaciencia, y sobre el lomo a Bienvenido.

El viento alborota el pelo del jinete y le abomba la camisa, abriéndosela para dejar al descubierto el pecho donde un moretón hinchado recuerda la escena de la madrugada:

—“Quiero tu orgullo!”



Esas tres palabras le martillean en los oídos.

Esas tres palabras de una mujer, que lo dejaron clavado al piso, en el salón de baile. Tres palabras que, entre la niebla del alcohol y la sorpresa, se abrieron camino hasta su cerebro.

Todo lo recuerda claro:

Cómo, por encima del cantar de las marimbas, el eco de un galope le llegó a oído y los hizo reaccionar.

Diciendo: —¡De hoy no pasa que le ponga los cascos sobre elanca!—, se abrió paso a codazos y empujones, montó de un salto y aflojando la rienda y derrochando espuela corrió tras el galope.

El caballo levantó las patas delanteras a sentir en el hocico el tironazo de la rienda y no las puso en el suelo antes de que Bienvenido abriera de una patada la puerta del rancho. No le valió la ligereza; ya Florinda salía por la puerta de atrás y corría por el potrero.

El hombre se dió cuenta de la fuga y, a pesar de su falta de costumbre, —se sentía como manneado, corriendo por sus propios pies—, acortó la dictancia.

Por fin, la muchacha no pudo más y recostándose en el tronco de un guanacaste esperó a pie firme la embestida.

Bienvenido creía tener la presa ya en las manos, cuando, en el momento en que abría los brazos, un planazo en medio del pecho le cortó la carrera. Sólo en ese momento vió brillar la cruzeta en las manos y la decisión en los ojos de Florinda.

Algo en el arma y en la mirada no le dejó lugar a dudas: ¡Esta, es la de toda la vida!

Bajó la cabeza y, por primera vez en su existencia, Bienvenido Briceño volvió grupas.

Dos caballos cruzan la pampa al galope.

El viento le hace doler a Bienvenido la señal del planazo.

Divisa desde lejos el rancho de Florinda y aguijoneaba más a la bestia.

Desmonta, y al sentir a su espalda un galope que se detiene, refunfuñando de impaciencia —¡cómo estorban las naguas a caballo!— ayuda a su acompañante a desmontar.

Surge entonces una pregunta, con un dejo de extrañeza:

—¿Dónde está el agonizante?

Y una respuesta, en un tono que no deja lugar a discusiones:

—Agonizante no hay. Pero habrá difunto, si usted no amarra ahora mismo, ¡y cómo sea!, a esta pareja.

Una figura enlutada se aleja galopando.

Florinda, ¡al fin!, suelta la cruzeta y Bienvenido sabe qué es lo que sienten las bestias en la do-

ma: dos muslos que le aprietan como queriendo triturarle la osamenta y dos garras atenazándole la nuca.

Ya el sol va de bajada.

Una nube de polvo puntea el horizonte.

Un jinete que lleva horas galopando ¡sin rumbo! por la pampa, pega la cara contra el pesquezo sudoroso del caballo y deja que se mezclen al sudor las

lágrimas de humillación y rabia que le salen a torrentes por los ojos, hasta donde suben desde adentro, desde lo hondo del pecho donde siente algo así como un monograma —F. V.— puesto con hierro al rojo blanco.

De pronto, atiranta la rienda cortando el galope y, con un grito de triunfo, levanta el humillado testuz. Es que ya, para endulzarle el amargor de la derrota, se le hizo conciencia una pregunta:

—¿Será potro... o potranca?

## Dibujo de Zeledón

EL SEÑOR PRESIDENTE de la Asociación Bolivariana de Costa Rica —ese gran devoto de las epopeyas americanas y mantenedor infatigable del culto a sus héroes—, me ha instado en repetidas ocasiones para que escriba unas páginas sobre la vida y la obra del Libertador.

Me anima la mejor buena voluntad, pero mi pluma se resiste a complacerlo. Es que ella —como ejecutora fiel de mi pensamiento— sabe bien que éste no se halla en condiciones de producirse con brillo y originalidad sobre tan delicado tema que se le encomienda. Y, menos puedo hacerlo ahora, que acabo de conocer y saborear el juicio definitivo, inobjetable, tajante, que respecto a Bolívar ha escrito Laureano Villanueva, en forma magistral:

“Bolívar no cabe en los moldes de la humanidad. Los demás hombres pueden ser juzgados y comparados entre sí: desde Sucre hasta Washington, desde Miranda hasta San Martín, desde Santander hasta Páez. El no: El es único, incomparable, magnífico, de fuerza sobrenatural por encima de los hombres y de la historia, como los astros por encima de todas las cumbres de la tierra y por encima de todas las nubes del espacio. Bolívar ocupa un reino aparte entre los hombres y Dios”.

Así es, y por eso me resigno a prescindir definitivamente de ese propósito y mi homenaje de sincera devoción al gran precursor del derecho público americano, lo trazo a base de regla, como lo fue su vida, perpetuamente rectilínea, y de tinta indeleble,

como su propia gloria, inmarcesible y radiante. No tiene pretensiones. No puede tenerlas ante la majestad sempiterna de ese coloso de América y del Universo todo. Aquí está: es sólo un boceto para su iconografía.



A pausas, entre sorbos de hiel —tal la costumbre  
 en mi vivir doliente de poeta maldito—  
 alzo la voz apenas al límite del grito,  
 a solas en la noche y huérfano de lumbre.

Más bien me trago el grito porque suene en el treno  
 con gravedad de órgano en mi ermita interior.  
 Y me enjugo las lágrimas para que mi dolor  
 no enturbie lo que el ánimo quiere limpio y sereno.

Un día, en el altar, a mi áspero destino  
 se unió una mujer joven que sonrió en mi camino  
 y rodó en la vorágine de mi vida azarosa  
 llenándola de esencias jamás antes sabidas,  
 cual si cayese al paso de Huracán una rosa.  
 Regazo de blanduras, alero a cuyo auxilio  
 se acogió la desértica solitud de mi exilio.  
 Miel en mis amarguras. Bálsamo en mis heridas.  
 Su reír era crótalo de fulgores y escalas  
 de perlas musicales por la aurora encendidas.  
 Suave, grácil, sentíase fuerte bajo mis alas.  
 Abeja siempre en vuelo del bosque tropical,  
 nunca vióse vacío su dorado panal.  
 Colgada de mis labios oía los prolijos  
 relatos de mis vórtices y cráteres sin cuento.  
 En su vientre glorioso hubo el amor dos hijos  
 que son mi laurel único y mi solo contento.

Una vez muy distante me llevó el alma ansiosa,  
 jinete sobre el vértigo, pegaso del poeta  
 maldito, a quien impele una pasión secreta,  
 un misterioso impulso, una fuerza engañosa,  
 un ímpetu implacable que al fin nos descalabra  
 y que para expresarlo no existe la palabra.  
 Como el niño que piérdese tras de la mariposa  
 en la selva, va el alma con su sed de imposible  
 siguiendo entre espejismos el señuelo inasible,  
 sorda ante los llamados de la voz amorosa.

Los años . . . ¡Abreviemos: mi culpa. Sí. Mi culpa.  
 Mi culpa que hoy me inculpa hasta herirme en la pulpa  
 del corazón. Mi espíritu jamás encontró puerto  
 en su viaje al garete. La perdí. Y hoy ha muerto.

La muerte con su cuerno de pronto nos alumbra  
 y nos revela enigmas que ocultaba la umbra.  
 Nos deslumbra la cólera celeste del chubasco  
 y al volver la cabeza nos sorprende ver cómo  
 un látigo de luz marca en cruz nuestro lomo,  
 y nos llama la Voz de la ruta a Damasco.

Con un hijo —el menor está ausente— a su lecho  
 mortuorio fui a decirte mi último adiós, deshecho.  
 Nunca la ví más bella dormida ni despierta,  
 ni más juvenil que hoy, al contemplarla muerta.  
 En su boca de gajo brillaba una sonrisa  
 como las guarías húmedas cuando el Sol las irisa.  
 Con nuestro hijo del brazo me le acerqué: dos besos  
 le di en la ebúrnea frente: "Que perduren impresos,  
 uno por el ausente y otro por mí: no es tarde,  
 porque en mi pecho, intacto está el rescoldo y arde".  
 Después besé sus manos pidiéndole perdón  
 y para que la arrulle le dejé una oración.



I R

La Muerte abre cortinas al son de su salterio  
y con su antorcha súbita nos aclara el misterio.

Al golpe de relámpago del hachón de la Muerte,  
el hombre estremecido su ingratitud advierte.

Ayudéle a mi hijo a ajustar la mortaja  
y cogido a su brazo metí el hombro a la caja.  
"En lugar del ausente —le murmuro— te cargo  
cual si fuera una cuna tu ataúd". El amargo  
plañir de nuestro hijo, mi víscera desgaja.

En la noche desierta, sin luz, me trago el grito  
y al tragármelo llénase mi boca de infinito  
para sonar el cálamo de poeta maldito.

La mujer que llenara de azur las hondas grietas  
de mi alma entristecida, con dos hijos; la madre  
por excelencia, ha muerto. Su timbre de caladre  
contándoles mil fábulas infantiles, en quietas  
noches, cuando los niños atisban ensoñados  
y ven hadas y ángeles bajar de los tejados;  
su acento en que cantaban fúlgidas aloetas,  
vibra hoy en mis oídos punzados. Mis pecados  
alzan sus férreos puños golpeándome el rostro  
y de mis surtidores brota un manantial ostro.  
En esta noche lúgubre, al pronunciar su nombre,  
hinca el diente en mi entraña mi conciencia de hombre.

Atúrdenos la vida. Júzgase el débil fuerte.  
Pero llega una noche, la más honda y oscura,  
en que para lustrarnos en la claridad pura  
y dar a nuestro juicio la gracia de la Altura,  
fulgura repentina la tea de la Muerte.

Duerme, mujer, y sueña. El labio fiel te nombra  
y sólo eres un eco que repite la sombra  
en las naves de insomnio de mi templo interior,  
donde incienso el rescoldo, que aun flagra, de mi amor.  
"Sueña bajo los ángeles; duerme bajo los santos"  
y que arrullen tu sueño los fúnebres acantos  
sonoros de mis cantos. Que el cielo te bendiga,  
porque, a pesar de todo, siempre fuiste mi amiga,  
pues nunca hubo en tu espíritu encono ni rencor,  
dulce hermana del pájaro cantor y de la flor.  
Por mi elegía el mundo sabrá cuál hoy deploro  
mi signo turbulento; recordará que al oro  
de tu risa que aun suena, dos hijos diste a mi alma,  
que son mi solo júbilo y mi única palma.  
Paralelo a su llanto corre por ti mi lloro.

adolfo ortega díaz

San José, Costa Rica,  
9 de Marzo de 1957.



# MI TIO CHICO

Por Solón Núñez

Era don Francisco Frutos Ayala, hombre bueno, como pocos hay: buen esposo, buen padre, buen hermano, buen tío. Alto, fuerte, bien parecido, tenía una distinción, no robada, pues le venía de su progenitor, don Diego de Frutos, de quien dicen los Archivos de la Historia Colonial: "Diego de Frutos, caballero hidalgo, notorio de sangre, natural de Cádiz, hijo legítimo de don Fernando de Frutos y doña Isabel de los Reyes, quien casó con doña Ana María Guerrero, dama hidaiga". Era el tío Chico el consejero de la familia y el paño de lágrimas de mi madre. Cuando mi hermano mayor—que de Dios goce— hacía alguna muchachada, mis padres llamaban a mi tío para que lo reprendiera, lo que hacía con mejor éxito que ellos mismos. Con una peseta en la blusilla del respondón, y el propósito de enmienda de éste, terminaba el rezongo. Pero el tío Chico tenía su talón, su talón vulnerable como la "élite" de la época. Los Jiménez (aquí don Ricardo), los Esquivel, los Bonilla, los Quirós, los Salazar, los González, los Alvarado, los Güell y otros y otros . . . Este talón vulnerable era su pasión por los gallos, herencia de familia, en la que el menos fervoroso no dejaba de tener un gallo amarrado a la pata de la cama. Jamás la jaula de doce compartimentos donde el tío guardaba sus animalitos, permaneció un día sin inquilinos, amén de los dispersos en diferentes esquinas de la casona. Medítese en la algarabía diurna y nocturna del batir de alas y canto de los veinte otrora señores de sus serrallos. Así por tradición, como por mis constantes visitas a la casa de mi tío, cobré desde muy pequeño afición por los gallos de pelea: asistía a la "dietética", a los "topes", a los "correteos", a las "pruebas"

y al "osoleo". ¡Cómo lucía al sol el ejército de gallos la policromía de sus plumajes; los había "chiles", "melcochos", "cañamazos", "pintos", "talisayos", "búliques", "malatobas", "casilíes". Qué bien recuerdo al Gran Carmelo de canto breve y grato; de poca estatura pero rollizo y de un bello plumaje amarillo-que-mado, destacándose sobre el fondo blanco, "nones" para la navaja, y la Gran Gira, un elegante gallo-gallina, llamado así no por dualidad genérica, sino por su ropaje verde—muy venido a menos— de plumas cortas y anchas como las de las gallinas, "nones" para las peleas "a pico". Plumaje venido a menos, dije, porque cuando la conocía, prácticamente sólo le quedaban alas y cola, rapada como estaba para impedir que el adversario encontrara en el cuello y en los muslos asidero para disparar sus golpes. Así el Gran Carmelo como la Gran Gira tenían numerosas victorias a su haber. Este gallo, decía una vez mi tío a don Alberto Alvarado, mientras sopesaba a la Gran Gira, lo estoy alistando para el "Mientras Pica" de Santiago (don Santiago Güell). El "Mientras Pica" era un gallo importado de Cuba que gozaba de la fama cruel de poseer "una técnica tan especializada" que allí donde ponía el pico ponía la espuela.

Algunos domingos, a la caída de la tarde, dirigía mis pasos hacia la Gallera, ubicada en la propiedad de los señores González Lahmann, donde actualmente se expende la mantequilla. Apostado a la puerta exterior—la entrada estaba prohibida a los menores— inquiría sobre los resultados del evento. Vestidos unos de levita, otros de "chaqué" los más de saco—pero ninguno en mangas de camisa— salían los jugadores. Allí conocí—de vista por

supuesto— a don Manuel Esquivel, a don Alberto Alvarado, a don Ricardo Salazar Guardia, a don Ramón González y a otros caballeros, distinguiéndose en el desfile la figura severa de don Fermín León, el incorruptible juez de las peleas, padre de quien audando el tiempo sería mi maestro, mi compañero de Gabinete y entrañable amigo, don Santos León Herrera.

Con mi traslado—por la muerte de mis padres— a la entonces Villa de Desamparados, quedó debilitada mi afición por los gallos, y con mi primer cargo público, le dije adiós para siempre. No fue sino a los ocho o nueve años de edad que me percaté de la mala pasada—que sin sospecharlo— me había jugado mi tío y que tan negativamente comenzaba a influir en mi psicología infantil. Había sido el tío Chico, a su vez padrino, quien había aconsejado a mis padres bautizarme con el rimbombante nombre del legislador ateniense y uno de los Siete Sabios de Grecia, para remache. Antes, ninguna mella me había hecho el nombrecito, acostumbrado como estaba a vivir cosido a las enaguas de mi madre y a oírme llamar siempre por el diminutivo; pero ya en la escuela, los chiquillos avivaron su ingenio para buscar fáciles y grotescos consonantes a mi nombre que terminado en "on" todo aumentativo le viene como anillo al dedo. Sensible por naturaleza, los motes me retrajeron y evitaba participar en los juegos de los muchachos y cuando una vez Arturo Ulloa Banuet me dijo: "Chinito... ¿vamos a picar una mancha?", consideré que ya no era sólo el nombre, "sino algo más", lo que me empujaba a refocilarme en el estudio de mis lecciones y preferir a todas las sociedades, la sociedad de los libros. Por eso no aprendí a bailar,

lo que no me ha hecho gran falta, ni a hacer deporte, lo que sí me ha hecho mucha. De las veces que en el decurso de mi vida habría cambiado gustosamente razones por ratones! ¿Pero qué tienen que ver los gallos con mí tío y con mi nombre? Aún cuando Francisco Frutos era una persona cultivada, él no había tomado el nombre de la Historia, sino de un amigo suyo, gran gallero, don Solón Bonilla, y no teniendo entonces, por desgracia, mi padrino, hijos varones, fue una deferencia para su ahijado, llamarlo como a su amigo. Gracias a Dios, al llegar al Liceo tuve un gran alivio al oír que un compañero se llamaba "Macabeo", mi buen amigo, Macabeo Vargas. Pero hubo un momento en el Liceo—que mi timidez no me permitió aprovechar— cuando pude haberme beneficiado de mi nombre, de mi tío y de mi afición por los gallos; y fue cuando en el Tercer Año, vino como Profesor de Inglés don Ricardo Salazar Guardia, gallero de alto vuelo, cuñado dos veces del Presidente Esquivel, amigo íntimo de don Solón Bonilla, y uña con mi tío. Ese mes Chuzo González, Chuspín Valenzuela y otros aficionados a la lidia de gallos, tuvieron excelentes notas y yo salí con un "tres" que afeaba mi noble empeño de tener siempre "unos". ¡Cómo me lamentaba de no haber hecho saber al distinguido Profesor, que yo era sobrino de mi tío! Por suerte, don Miguel Obregón, Profesor de Geografía, logró fácilmente de su concuñado el bondadoso don Tayo, que corrigiera el entuerto. Sin embargo, yo no intenté cambiar de nombre, ni me ví constreñido a hacerlo, como le ocurrió en Francia a Napoleón Pacheco, que quedó en... león y a Julio César Ovarés, que descendió a la categoría de un común mes del año... Pero no quiero imaginarme lo que me hubiera ocurrido si me acerco a Grecia... Al contrario, en una ocasión me ví precisado a hacer una "defensa heroica" de mi "Solón". Fue en Río de Janeiro, donde acababa de llegar para asistir a un Congreso Médico. En la tarde de mi arribo la prensa anunciaba el ingreso del Delegado de Costa Rica, don José Núñez; como el único Delegado de Costa Rica era yo, y no me llamaba José, le rogué a otro delegado, de esos que consideran como su primer deber apenas aterrizan en



un país, ponerse en contacto con los periodistas que se sirviera pedir la corrección del error; pero como la prensa del día siguiente insistía en llamarme "José" aproveché una sesión preliminar destinada al examen de credenciales, a fin de protestar, con gravedad ficticia, del desacato en que se incurría dándome un nombre que no era el mío. El Presidente del Congreso Médico, Doctor Austregesilo, al oír el tono de mi protesta, suspendió las notas que tomaba para concentrar su atención. Si bien es cierto, dije, que de buen grado habría querido llevar el nombre del humilde José, el cambio no se justifica después de sesenta años de llevar a cuestas, con todas sus consecuencias, el nombre del legislador ateniense y haber éste consentido también sin protesta, que tan insignificante criatura fuese "tocayo" suyo. El público, por cortesía, aplaudió y rió, y los cariocas, de suyo acogedores, extremaron sus gentilezas con el representante de Costa Rica.

Pero la virtud máxima de mi tío, fue la probidad; ocupó puestos de confianza y murió pobre; fue la misma probidad de mi otro tío, don Antonio Frutos Ayala, empleado de confianza de la Fábrica Nacional de Licores y Tabacos, quien durante cincuenta o sesenta años, rumbo a la Contabilidad Nacional, a pie, solo, sin ametralladoras ni guardaespaldas, acarrearba todas las tardes una valija llena de oro y plata, productos de las ventas del día y murió pobre, porque en sus cuentas jamás faltó un centavo; es la misma probidad de mi tío político, don Modesto Guevara, quien habiendo venido económicamente a menos por un descenso brusco del precio del café, no quiso aceptar el Ministerio de Hacienda que le ofrecía el Presidente Guardia —posición que ya había ocupado en otros gobiernos— porque "si no había podido manejar con acierto sus bienes, tampoco podría administrar los de la Nación". Inútiles fueron los ruegos de sus amigos para convencerlo y don Modesto murió pobre, dejando a los suyos en situación precaria, más no sin antes haber entregado el último cinco y la última pulgada de tierra a sus acreedores. Este hecho que yo conocía por la tradición familiar, fue bellamente comentado por Joaquín Vargas

Coto en un artículo que llamó "Las razones de don Modesto", publicado en LA NACION. Y es la misma tradición —por qué

no decirlo— del chozno y sobriño, que habiendo sido Ministro en seis Gobiernos, vive en virtud de una ínfima pensión del

Magisterio y de modestísimas economías logradas durante cincuenta años de trabajo incesante y de vida austera.

## Primer Capítulo de la Novela

# Doña Aldea

Por Manuel Segura Méndez

Esta mañana amaneció el circo en el pueblo.

La vieja Gandoca, al desembocar en la plaza, abrió con desmesura los ojos ante el englobamiento de la carpa y apretó el paso hacia la panadería.

Tras las torres de la ermita, claridad amarillosa iluminaba el cielo. Más allá, en distintos términos, prendíase en las copas de los árboles, a brochazos de oro vivo, el sol veraniego.

La Gandoca siguió el camino, mirando de reojo la improvisación en plena villa. Su trazo de mujer terca y engorrosa, adelgazada a fuerza de ella, delinéabase como cosa hecha a lápiz en pliego transparente.

La primera siempre en llegar al tendejón, tuvo una sorpresa más esa mañana al encontrar en él a don Isauro, frente a varios envoltorios de pan, galletas, café en polvo, azúcar.

—¡Ola, vieja! Hoy me le adelanté.

—¿Dormiste en la calle?

—Pues casi.

—Y por lo que se ve, amaneciste garifo.

Adentro, las máquinas de la panadería trepidaban como madera rota. Don Isauro, por toda respuesta, se repantigó risueñamente en su obesidad.

—¿Y mi saludo, Gandoquita...? —inquirió el ventero.

—¿Cómo querés que haga? Todo lo veo al revés. Maromeros en la plaza, este hombre aquí ya...

Rieron alto los otros.

—Se va a reventar el par de sapos.

—¿Sabe lo que me pasó anoche, Gandoca?, prosiguió el parroquiano.

—¡Qué voy a saber yo!

—Estaba bien dormido, cuando: ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!, salgo a ver y era el dueño de la compañía.

—¿Y a qué iba?

—A lo que van todos a mi casa.

—A que los defendás, a dormir, a comer. A dejarte plata.

Don Isauro sonrió holgadamente esta vez.

—Se hace la diligencia. Y no siempre le va a uno bien.

—¿Cuándo no te ha ido bien, mal agradecido?

El interpelado sopló más que repuso:

—Con Mariana.

La vieja refunfuñó algunas palabras, con la compra de costumbre retiróse de la venta y a poco dobló por la plaza, en el centro de la cual parecióle más inflado el tendido de los saltimbanquis. No dejó de echar un vistazo luengo, al fin del cual reparó, ¡en tercera sorpresa!, al Padre Antonio y al agente de policía, quienes parecían desovillar comentarios frente a la carpa.

Las torres comenzaban a esmaltarse de sol. Sus sombras, dos triángulos gruesos, ondulaban en las lomas al soplo del viento.

Ya en casa, después de haber abierto de un tirón la puerta, la Gandoca lanzó sus compras sobre el moletero y, sin contenerse, llamó:

—¡Mariana! ¡Mariana!

—Aquí estoy.

—¿Y'hirvió l'agua? Chorriaste el café?

—Todavía no arde la leña.

La recién llegada encogió un mohín.

—¿Sabías ya que tenemos circo...? Maromeros, vegabundos.

—Anoche llegaron.

—¿Quién te lo dijo?

—Yo misma los vi. Mañana dan la primera función.

—Estás bien sabida, niñá. ¡Pues que se diviertan! Nosotras aprovecharemos el tiempo en la cama. ¿M'estás oyendo? Esa gente no viene más que a tentarlo a uno, ¡a dejarnos sin un cinco!

Mariana guardó silencio.

—¿M'estás oyendo?

—Sí. Tía.

De boca al patio, en un corredor apretujado de cajones en que se asentaban tuestos floridos, Mariana retorció unos limpiones. En el lavadero reflejaban una ringla de platos, el dombo plomizo de una palangana, un bote de ceniza y el chorro de agua, oloroso a ropa nueva, a arcilla, a abrevadero montañés. Adentro, en matinal regocijo, gallinas y palomas picoteaban el suelo. Un gato gris, desde una hacina de leña, los hipnotizaba.

De la misma textura de su tía, fulgía en Mariana, superándola, a más de ese toque invariable de morbidez de los quince años, la atracción que muy de cuando en cuando asoma como privilegio en ciertos espíritus. Ojos someramente oblicuos y radiantes, labios recogidos en botón, manos azulosas por lo blancas,

voz afinada por una ansia presumible.

Si alguien mostrase refractaria a ella, fue su propia tía. Querría tal vez evitarle a su manera que tanta juventud se trocase, al contacto de ajenas manos, en residuo, en malbaratamiento, y valorizarla así, encubriéndola y maltratándola.

—Me meteré entre la cobija temprano, refunfuñó de nuevo.

—Yo también.

—No faltaba más.

Intermedió una pausa larga. Dentro de ella, la vieja dióse a murmurar frases inteligibles; pero la mañana clara, al filtrarse por entre las rejillas con que remataban en lo alto las paredes y los trinos cercanos y los mugidos cuasi ebúrneos en los patios vecinos, apagaban el rezongo como llama débil. La cafetera gorgoreaba en el tinamaste y un humo raro, al subir en lentas espirales, abrillantábase al sol.

La tía soplabla en la lumbre, moviase de aquí para allá, gesticulaba, abría los envoltorios, hurgaba tarros y alacena, con la nerviosidad de quien busca sin saber qué. Su falda de lanilla negra, la blusa a grandes flores azules en fondo blanco, el delantal de dril con un millón de remiendos, sus guedejas asumidas por una hilacha, ésto y aquéllo movíanse como al impulso de un mecanismo de menudos resortes.

Y volvió a hablar.

—Vi al padre en l'plaza... ¿M'estás oyendo? Aquí no ha habido gente como Fray Jerónimo, con la barba que parecía de carbón. Siempre en su iglesia, sin meterse con lo ajeno. El mundo camina ahora al revés, y suspirando añadió: —¿Qué nos irá a pasar? Sólo Dios lo sabe.

Entró Mariana.

—¿Qué distinto antes! El Padre en su altar, los hombres en su trabajo, las mujeres en su casa, y hoy en día... Pero ¡quién mete al Padre Antonio ya por el circo?

La Gandoca hablaba y hablaba, así, sin ton ni son. Para ella no existía persona buena en el mundo ni corazón manso ni alma limpia; creía sorprender en cada quien alguna contradicción, con la intransigencia del erudito que en todo pillaba trasegaduras o incongruencias. La misma vida había deparado, años atrás, un desaire que la desconcertó para siempre: la entró en el amor a

los veinte, un amor invencible, cuya fuerza la impelió a unirse presuradamente a un galán y a los pocos días la infidelidad del hombre la estrechó en un paréntesis de sombra que abarcó el resto de su vida. El huyó de su lado del brazo de una mujerzuela, sordo, inmisericorde, para no regresar nunca. La Gandoca, —entonces doña Fé de Casablanca y ahora con un mote correspondiente al de una antigua locomotora que decían contemporánea suya—, entró en esta forma dentro de un túnel intérmine, en el cual su sobrina vino a fulgurar como una candileja. No fue de otro modo como perdió el sentido amable de las cosas. Encontró, tal cual Caín el ojo escrutador, un gesto hostil en cada punto. Y hubo en adelante de ponderar con rencorosa parcialidad cuanto hacían los otros; y cuando creció Mariana, alimentábala perennemente el deseo de alejarla del mundo y enclaustrarla en su intransigencia y mantenerla junto a esa semivirginidad suya, por temor quizás a los hombres, a los crueles hombres, o por no verla en plano más ventajoso que el propio ¡Quién iba a adivinarlo!

Mariana, en cambio, nunca comprendió a su tía. Flor brotada en el intersticio de la roca, gozaba la brisa, el cielo azul, perfumaba el ámbito, sufría el golpe de la ola e ignoraba la esperanza del guijarro. Su protesta habitual era ínfima.

—¿Por qué a tía no le gusta que tenga novios...?

Corríaseles siempre, como muy bien lo comentaba ella. Se le acercaba cualquiera y la vieja regañaba, se tornaba en execradora impertinente, adoptaba posturas medúseas. Ante el temor de un amante, su intranquilidad rebullía tan pronto se empezaba en el pueblo a hablar de bailes, de excursiones, de veladas en la sala municipal. Lloviese fuego del alto, se abriese la tierra como una naranja, se desatasen todos los huracanes del cielo, que la Gandoca no movería los labios para mostrar conformidad; pero no se insinuase el menor festejo, que se convertían en herrumbrosa gárgola de murmuraciones. Y ahora el circo, ¡ya no había qué no inventaran para llevarse el dinero y echar a perder las costumbres!

—A esa parranda no vamos,

¿m'estás poniendo cuidao?

Ante determinaciones semejantes, Mariana por lo general replicaba y rogaba con insistencia. La tía, pues, se quedó perpleja cuando la oyó decir:

—Pa qué ir... No vale la pena, y que nunca he visto uno por dentro.

Era ésta si se quiere, la primera vez que se ponían ambas de acuerdo; y, más que eso, en el propio instante de iniciarse el diálogo. Ni siquiera se insinuó aquel lloriqueo de otras veces:

—“¡Sí voy, sí voy!”, al cual la vieja cedía siempre con ahogador disgusto, no sin entretejer mil recomendaciones y amenazas, para aparecer, cuando menos se le esperaba, en medio de la fiesta, y llevársela cogida de la mano sin importarle un comino el ruego de los circunstantes.

—¿Dejastes al necio ése?

Ambas tomaron asiento frente al moledero. Dos tazones de café, como dos pebeteros, humeaban con oleosa lentitud. Sorprendida con la condescendencia de la sobrina, la vieja tomó su colocación al amparo de una inusitada holgura. Parecíale mejor el pan; el café, puro.

—Onde ves, me cuesta un diez menos. Quiere decir que no es el precio lo que manda.

Entrada en buen humor, contestó que los cirqueros son gente honrada: se exponen continuamente a la incomodidad, al peligro, al mal tiempo, al viaje sin paradas, ¡y cuánto dispendio! Debería auxiliárseles en vez de menospreciarlos.

Mariana la escuchaba; pero allá, muy ejos, como al través de una franja de niebla, en un sueño de opio. Sentíase más bien la niña en el desfile de la farándula recientemente llegada, por una carretera polvosa en que trenqueaban los carros y chispeaban las herraduras de las bestias, frente a montañas y barrancos, por caminos que se abrían al llegar a los pueblos y se cerraban al entrar en las selvas. Advertíalo todo ella desde un rincón de su imaginario carromato, en el cual también iba, a su lado, aquel hombre a quien en el sueño le parecía fornido como gladiador: Tomás, cuya figura, al desvanecerse la visión, tomó cuerpo en su fantasía con los lineamientos con que lo mirara la noche anterior. Noche de borrasca por cierto. Se había disgustado sin

razón; por lo menos así lo había creído ella. No había faltado el pretexto. Su negativa rotunda a las pretensiones del mancebo. ¿No se decía qué el amor constituye una cadena irrompible, a la cual cada gesto y cada palabra añaden un nuevo eslabón de eternidad? ¿O menester es entregarse siempre, barraganamente, para demostrarlo? Besos, besos y más besos los había dado a puños con alma, vida y corazón ¿Entónces?

En tanto la Gandoca había llegado a un extremo inconcebible en ella de conmiseración: la necesidad de contribuir al sostenimiento de gimnastas y domadores, de asistir siquiera una vez a las funciones; y habría de seguro convenido en una noche para ir juntas si, al dirigirse a Mariana, embellecida ahora por su inquietud arcana, no le hubiese asaltado instantáneamente la sospecha de que ello será oportunidad para que los zánganos del lugar corrieran a batir sus alas en torno de la moza. Acababa de alejarse uno, así lo deducía la vieja, y no iba a dejar que otros lo suplantasen en seguida. Tembló al sólo figurárselo y los minutos gozosos se pulverizaron.

—Pero no, lo mejor es quedarse en casa.

—Hace un momento decía...

—No hay necesidad ¿M'entendés? Hay que cuidarse ¡Qué nos importa que vaya el Padre!

—Ni una palabra más. Dormiremos a pierna suelta.

A la Gandoca le pareció imposible la respuesta. Diríase que más bien le incomodaba tanta docilidad en tan pocas palabras. No obstante, se contuvo. Sin pronunciar una palabra, la dejó buscar el bolso de la carne, tomar el dinero del jarro de la alacena, dirigirse hacia la calle, cual si de pronto hubiese visto de cerca de ella una mano intangible que la resguardaba.

Mariana se detuvo en el umbral.

La mañana esplendía radiosa.

Las casonas de enfrente, contra las cuales pegaba ya el sol de lleno, deslumbraban por su blancor; y en el patio de los Vilchez, —rosales, chileras, geranios, malva de olor—, las flores sahumaban la hora.

—¡Me riega la begonia, tía!

Y corrió rumbo a la plaza, como torbellinito o como alas en fuga.

# La Loma del Sapo

Por Belisario Fernández

Quien haya viajado en canoa desde Currés, o desde Lagarto, rumbo al Oeste por el Río Grande Térraba, forzosamente ha de haber cruzado, horas antes de llegar a la pequeña población de Palmar, frente a una eminencia selvática, inmenso peñón milenarío cubierto de robustos troncos centenarios y de copiosísima vegetación, el cual, desafiando las tormentas de los siglos, se ha mantenido indómito y bravío para ofrecer hoy a nuestra vista tal como lo contemplaron las pasadas generaciones en aquellos vírgenes dominios. Esa enorme mole que domina el curso del río como indestructible castillo señorial, ha sido conocida desde tiempo inmemorial con el nombre de la Loma del Sapo.

Al aproximarse el viajero al pie de la escarpa, percibirá en su centro una abertura que se profundiza y que se halla casi oculta por tupida maleza cuya raigambre se esconde entre los resquicios de salientes pétreos que asoman, aquí y allá, a manera de barbancas de legendario torreón. Por lo oscura y profunda, esa grieta ha sido elegida como criadero por miles de murciélagos que no se pueden ver, pero se oyen y que se adivinan entre las tinieblas de aquel misterioso recinto.

¡La Loma del Sapo! ¿Cuál fue el origen de ese nombre singular? Nadie lo sabe hoy con certeza. Subsisten, sin embargo, entre los escasos descendientes de las tribus que poblaron aquellos ubérrimos valles, fantásticas versiones acerca de su origen, una de las cuales refiere que aquel estratégico rincón fue ocupado por Huén-Ké, gigante antropófago, mitad hombre y mitad sapo, quien desde un remoto pasado, se había adueñado de aquel paso fluvial, exigiendo tributo a todos los viajeros que lo cruzaran. Y como el tráfico entre las tribus de-

bía hacerse necesariamente por aquella vía tan expedita como rápida, el dueño y señor del río engordaba y se enriquecía a costa de los sufridos pobladores.

Dícese que la gabela impuesta consistía de animales, vivos o sacrificados, que el voraz gigante engullía sin dar tregua a la tripa, y que, a falta de esa recompensa, exigía preseas de oro y jade que iba atesorando en su infernal cubil. Su desmedida codicia lo había llevado hasta secuestrar niños y aún jóvenes que viajaban con sus mayores, y si el rescate por ellos no llegaba dentro de los tres días siguientes, los infelices eran también devorados. Así se aseguraba una alimentación permanente. En vano se había recurrido a toda clase de conjuros imaginados por los Curacas y Adivinos; en vano se le había tratado de sobornar para que se trasladara a otro lugar tierra adentro donde varias rancherías proveerían a su insaciable voracidad;

el temible engendro se mantenía incommovible, para desesperación y tormento de los Cacique y habitantes de la región, quienes lo temían como al mismísimo Demonio y lo soportaban como inapelable castigo de los dioses. ¿Cuánto tiempo habrían de sufrir aquella maldición?

Diriak, joven y apuesto guerrero de la tribu del Cacique Arrokará ha emprendido viaje hacia el Poniente por el Gran Río. Transita sólo, con sus armas y sus ilusiones: Va radiante de felicidad a colmar un deseo vehemente que canta dulces endechas en su ardiente corazón... va a contraer nupcias con Dunuá, bella florecilla del jardín fragante de la vecina ranchería. Diriak ha cruzado con su canoa frente al peñasco y ha satisfecho el tributo exigido; mas, días después, al regresar en compañía de su bella desposada, al detenerse ante Huén-Ké para cubrir el derecho

de paso, el gigante se niega a percibirlo y se apodera de la novia por la fuerza en un arrebato de salaz deseo. Diriak, sobreponiéndose al pavor que el ogro le inspira, empuña sus armas resueltamente y se dispone a rescatar a su amada a costa de su propia vida. Salta a la orilla lanza en mano, mientras Huén-Ké, arrojando a la desvanecida Dunuá dentro de la oscura madriguera, vuelve violento a ultimar a su osado retador. Los rivales se miden un instante: ciego de ira Huén-Ké se precipita sobre Diriak, pero éste, más ágil que su pesado enemigo, logra asestarle mortíferas lanzadas que le atraviesan el pecho de parte a parte. Con todo, la resistencia prodigiosa del coloso le ha permitido descargar fulminante golpe de hacha que divide el cráneo de su intrépido rival. En los estertores de la agonía, los contendientes se desploman sobre el impetuoso caudal que los arrolla y los arrastra en macabra confusión.

Vuelta en sí Dunuá, al darse cuenta de la sangrienta tragedia y descubrir a lo lejos el cuerpo de su amado arrastrado por las aguas, toma la barca y se lanza tras él llevada por la corriente como hoja que avienta el huracán. Su silueta se destaca en la penumbra crepuscular, y se va borrando hasta perderse de vista en el confín lejano en su viaje sin retorno.

Cuenta la superstición que al caer la noche, se oyen en La Loma del Sapo tristísimos lamentos de su alma errante que vuelve en busca de lo que nunca encuentra.

## Apéndice

Declina el día. Los últimos rayos de un sol muriente tiñen de arboles las cumbres de las sierras, y las sombras comienzan a invadir los contornos del bosque. En la quietud apacible del crepúsculo entona el guaco su plegaria vespéral y fuerte brisa comienza a mecer las fragosidades de aquella virgen selva tropical.

Al alejarnos de los bancos de aquella eminencia selvática, sobre cogidos después de haber escuchado el trágico relato, los vestigios de la historia toman cuerpo en nuestra mente y la fantasía nos remonta a un añoso pasado. Adivinamos fantasmas entre la espesura de la sombría floresta y se nos antoja oír voces misteriosas



# Más de los Manuscritos del Mar Muerto

Por Lorenzo Vives

La búsqueda de manuscritos en los alrededores de Quomran, en el Noroeste del Mar Muerto, en el desierto de Judá, tantas veces citado a lo largo de los Evangelios, ha recolectado frutos preciosos, pero no de la índole orientadora que hubiéramos deseado. Esperábamos que EL COMENTARIO de HABACUC, y el MANUSCRITO DE DAMASCO, tendrían parentescos en lo encontrado posteriormente, porque son estos los dos documentos que más nos interesan para nuestra labor de crítica histórica, documentos que, algunos que han hablado de lo hallado, no mencionan con malévola intención. En estos dos manuscritos se halla una incógnita que es necesario determinar, lo más pronto posible, para el bien de todos. Y es con esta intención que hemos venido instruyendo, de palabra y por escrito, a aquéllos que sienten interés por la verdad en la Historia.

El Maestro de Justicia esenio, apostrofado, martirizado y muerto por un alto funcionario de la iglesia judaica y por los saduceos, citado varias veces tanto en uno como en otro documento de los dos mencionados, incita la atención nuestra y nos empuja en la

investigación, que sigue y sigue...

Este personaje tan importante en la vida de la comunidad esenia marca una etapa de la Historia del pueblo israelita y de la cultura occidental. Y si hasta hace poco se ignoraba su existencia, justo es que ahora que se conoce, se haga ambiente para encauzar en la comprensión de la significación de su vida y de su actuación.

A la muerte de tan insigne personaje, sus seguidores se esconden de sus perseguidores, guardan sus libros y sus cosas de mucho valor y se van a Siria. En Damasco constituyen la Nueva Hermandad, y es muy significativo el hecho de dirigirse allá Saulo de Tarso, el obcecado perseguidor de los continuadores del Maestro. ¿Por qué iba a Damasco? Los partidarios de Jesús, se habían reunido en Jerusalén alrededor de la cabecera de Pedro I, y de Jacobo, el hermano del Señor, después, en donde se concretaban a considerar las enseñanzas del Rabí de Galilea y de propagarlas entre los circuncisos. La idea de la universalidad de las enseñanzas jesuistas fue obra del perseguidor Pablo, cuando, de furibundo destructor, se convierte

en otro más furibundo constructor del cristianismo incipiente. Pero, si después de perseguir por el látigo y el hierro a los jesuistas de Jerusalén se va a Damasco con el mismo afán destructivo, es que allá, los de la Nueva Hermandad tenían que ver con los de Jerusalén, y el Maestro de Justicia, con el Rabí de Galilea. Y cuando convertido por los hombres de Damasco se va al desierto a meditar y a aprender mucho antes de lanzarse a su vida activa de evangelizador, capta la hermosa idea del Logos helénico, recogida por los de la escuela de Alejandría, pasada a los terapeutas de dicha ciudad, quienes la donan a los esenios del Mar Muerto. Y esta hermosa idea, que no es otra que el descenso de la Divinidad excelsa en la materia para informarla y darle vida para que lo existente tenga una real preciosa finalidad, da la otra del Cristo, de la que se enamora de tal manera, que ni los ancianos de Jerusalén, ni la lapidación, los insultos, la cárcel y la misma muerte pueden quitársela. Se hace un encendido de amor por la idea, y es con ella que vaga y vaga, creando por doquier para todos, para circun-

cisos é incircuncisos, iglesias —reunión de fieles—, cuyos componentes se llaman desde entonces, cristianos. Es Pablo, pues, quien, después de su visita a Damasco y de su conversión, el que crea el cristianismo. En el Cap. 11, versículo 26, de los HECHOS DE LOS APOSTOLES, se lee esto: "Y los discípulos fueron llamados cristianos primeramente en Antioquía". ¿Cómo se llamarían los seguidores de Jesús antes, pues en Jerusalén y fuera de ella?

Pablo, la figura señera del judaísmo, con su concepto universal del dominio espiritual de su pueblo, rompe con las trabas raciales, y aspira a lograr el Reino de Dios en la tierra, para todos, gracias a su concepción grandiosa, genial. Moisés estructuró un pueblo heterogéneo y discoló, pero Pablo creó la universalidad de la idea del descenso de la preciosa Divinidad en el hombre preparando el advenimiento de la fraternidad general en el mundo.

Cristo, para él, no era una persona, sino primicias de los que murieron. (Corintios primera, Cap. XV, vers. 20).

Y es que, conocedor de las ideas platónicas y pitagóricas pasadas a los alejandrinos y a los esenios de todas partes, consideraba a Cristo como una idea, no como una persona, como más tarde también creyeron así el mismo Plotino en el siglo III y el divino Eckart, del XIII.

Toda su doctrina es espiritualista simbólica. Seguir a Pablo según sus escritos tomados al pie de la letra, es ir a la luz por el camino de las tinieblas. Otro día podremos decir algo acerca de su esoterismo, señalado ya en Primera Corintios, II, 6, 7, 8, cuando dice: "Entre los perfectos habíamos sabiduría, mas no sabi-

de olvidada antigüedad que agolpan en nuestro espíritu añoranzas de tiempos idos que más nunca volverán. Las ráfagas del viento cruzando veloz entre el ceibal, o el susurro murmurante de las linfas al colarse entre las rocas que los aluviones de los siglos han amontonado en las orillas, nos hacen llegar hondos lamentos y dolientes gemidos como de mujer que llora... Imaginamos a Dunuá bogando a la deriva, solitaria peregrina en pos de un amor que murió al nacer, y a la luz incierta

de un sol que agoniza en el océano entrevemos su figura quimérica esfumarse entre las brumas del paisaje. Pensamos entonces que aquel Río, inescrutable y eterno, guarda el secreto de su entrada al confín indefinible de la nada, para surgir de nuevo en el mundo maravilloso de la fantasía, mágico beleño con que arrullamos nuestros pesares y engañamos nuestras tristezas...

Viajero errante: Si por deber o diversión aciertas a surcar frente a la Loma del Sapo en las

horas agoreras en que despierta el cuyeo y las sombras vespertinas comienzan a invadir aquel recóndito paraje, presta atención a las parleras ondas que impulsan tu batel, y escucha con unción lo que el viento te dirá a través del totoral que ondula en las riberas del Di-Kís. Oirás entonces el nostálgico mensaje de una estirpe desterrada al Reino de donde nadie ha vuelto... oirás la triste queja de una raza extinta cuyo espíritu deambula entre la frontera...

*Currés y Lagarto:* Embarcaderos fluviales al S. E. de Boruca.

*Huén-Ké:* Sapo Rey.

*Dviak:* Pedernal del Río.

*Dunuá:* Tortolilla.

*Di-Kís:* Agua Grande. (Río Grande).

*Guaco:* (Ibyceter Americanus): Ave falcónida.

*Cuyeo:* (Nytidromus Albicollis): Chotacabras de Costa Rica.

# Juan Rafael Chacón

Arturo Echaverría Loria



Heredia es tierra de ingenio y de arte. Sus empedradas calles vieron pasar la romántica figura del escultor don Fadrique Gutiérrez y bajo la sombra vetusta de su parroquia, hicieron gala de ingenio y derroche de poesía, en amena tertulia, los Baudrit, don Oscar y don Fabio, y Aquileo J. Echaverría entre otros, quienes formaban la frase y cultivaban la palabra poética y humorística florecida en obras de valde consistencia literaria en nuestra patria.

Heredia es, en esencia, culta y recatada; señorial y silenciosa, se manifiesta fiel guardadora de tradiciones en su vida provinciana. Es también ciudad con impetuoso caudal de inquietudes de otra índole que la artística, y de sus canteras humanas han salido místicos y santos, políticos y aventureros.

Las artes plásticas en Costa Rica han tenido y tienen sus figuras representativas y su tradición escultórica, parte de raíces coloniales, de los santeros de Guatemala y del Ecuador, que nos legaron Cristos agónicos y santos policromados que encendieron de fervor religioso a nuestros abuelos.

Como un viejo madero tallado toscamente por la vida, se nos presenta el escultor Juan Rafael Chacón. Su figura es la de un buen abad, que comporta el tra-

bajo con el vino y la sobrosa conversación de sobremesa y compensa sus inclinaciones a los goces terrenos, con el cultivo del espíritu que en él es claro y sin hondas complicaciones: humilde y profundo, con mucho de nuestro paisaje y de nuestro cielo despejado, es además artista y artesano, y hombre cabal de tierra adentro, muy nuestro en sus modalidades creativas y también muy universal en su obra, que es original y valiosa.

La talla directa es la fuerza de la escultura. El oficio del obrero artista se revela en toda su solemnidad y pujanza cuando se desbasta la piedra para sacarle el corazón y la sangre en cada golpe de mazo y cincel; o se le arranca la piel a la madera que se va realizando entre sus manos.

Juan Rafael Chacón es en nuestro medio artístico, un gran trabajador de la escultura. Sus creaciones son obra de su fuerte y potente raigambre humana. Chacón es emotivo, amante de su arte, vive dentro de él con la naturalidad que le da su condición libre de odios y de pasiones; su estilo es sobrio, de líneas depuradas, modernas en su concepción. No es un complicado en teorías de arte o un enfermo de originalidad. Ha llegado a la sencillez en la forma por su condición de obrero, de hombre que ha luchado en diferentes latitudes y

ambientes, con el medio, para dominar el oficio; y sus manos, fuertes como la misma piedra que esculpe, saben el misterio del granito, de esa piedra milenaria perdida en la soledad humilde de los ríos y en el corazón de nuestros pueblos silenciosos. Piedra hermana de los indios artistas que han legado su trabajo de sentido oculto y misterioso a nuestra tradición estética.

Chacón es fuerte y busca expresarse en la talla directa. Cada vez que acomete una obra, lo hace con la devoción del místico iluminado que quiere ver a Dios y lo busca en todo lo que le rodea, y ese sentido que tiene de lo que es el oficio en la escultura, es la fuente siempre renovada de su vida intensa de artista.

Cuando Chacón habla sobre su arte, no es su frase limada o elegante, no: es dura como un golpe de martillo y plena de sinceridad. Chacón es del pueblo, de nuestro pueblo y lega sus creaciones al pueblo dejándole como ofrenda su potente vitalidad creadora. Es con dolor y angustia que hace su obra artística.

La piedra, la rama, el árbol, sugieren su forma oculta al escultor y éste llega a la materia instintivamente, con la sencillez con que nace una flor o el paisaje muestra el cielo esculpido de celajes. Chacón es ingenuo como la tierra virgen de nuestras mon-

tañas; su pensamiento, su modo de ser, es tan primitivo como la arcilla que modela, tan claro como el agua recién nacida; toda su obra está impregnada de su interna esencia y ésta la valoriza y la honra. Chacón tiene obra importante realizada en el campo de la imaginería; trabajó mucho tiempo junto al maestro Zúñiga en su taller. Estas imágenes responden al gusto tradicional, y están muchas veces esculpidas dentro de limitaciones impuestas por el cura de la aldea o el gamonal que hace el obsequio a la Iglesia. Pero hay otro renglón importante: sus creaciones que lo muestran íntegro y cabal, libre en su trabajo y que es, su obra personal, que corresponde a su íntima condición y poder creativo; trabajos realizados en arcilla, madera o granito y en la talla directa de cabezas, en piedra, como la del sabio Clorito Picado, de la señora de Castellá y la del periodista Antonio Zelaya, entre otras.

Chacón ha hecho también obra de escultura monumental, y es aquí en donde la escultura, entre sombras cambiantes, se incorpora al paisaje. El heroico monumento al Dr. Ricardo Moreno Cañas, que se encuentra inconcluso a orillas de un río, en Turrialba, y en el que Chacón ha traba-

daría de este mundo ni de los arcontes de este mundo, sino sabiduría de Dios en misterio, la que está encubierta..." ¿Puede ser más elocuente este párrafo? Y hay muchos otros en sus Epístolas que pueden cerciorar al más obtuso de la índole de la preparación de Pablo. Los otros apóstoles no podían comprenderlo, y de

ahí la contra que le hicieron, contra que el mismo San Agustín elude en sus escritos con San Jerónimo.

Y es precisamente por esto que esperábamos nuevos testimonios entre lo hallado posteriormente en las cuevas de la ribera noroccidental del Mar Muerto. Porque poseemos una creencia que nos

clarifica en lo que se refiere a los primeros tiempos del cristianismo. Estamos muy interesados en estos estudios, y acogemos todo lo nuevo que aparece con verdadera fiebre. La idea paulina del Logos es una luz que nos ilumina por esta senda oscura y nos hace anhelar la otra que lleva a un conocimiento más objetivo de la vi-

da y del sér, puntales, para nosotros, de todo el conocimiento de la trama global del mundo. La materia fue y es la base de la forma de la vida que se manifiesta por el espíritu, manifestación divina en ella y por la mente, traída por el Espíritu Santo.

San José, marzo de 1937.

# Grandeza de la Tradición Analfabeta en España

Por Pedro Salinas

España le debe insigne gratitud y reverencia. Esa tradición, favorecida, como un milagro, de una sorprendente energía creadora, se alza en los siglos XIV y XV sobre su función usual de recibir y conservar, y produce la poesía más hermosa de su tiempo, los romances viejos. Poemas análogos se dan en otros países, pero los de Castilla, conforme a juicio de un gran sabidor de la materia, Entwistle, de Oxford, "son insuperables en Europa por su número, vigor, influencia, intensidad dramática y veracidad". Son además únicos, por dos propiedades que los distinguen: su curiosísimo proceso de formación, por autores sucesivos, que ha dado lugar a una genial teoría de Menéndez Pidal, y el papel que representan, no ya en la historia literaria de España, sino en el curso de supervivencia del alma de España, cosa también magistralmente probada por el gran maestro de la filología romántica. Sabido y reconocido está todo eso. Pero ¿se tiene en la conciencia lo bastante claro, lo bastante asombrosamente claro, el prodigio de ese hecho: que una poesía tan rica, que es de por sí todo un mundo poético, sin falta de nota ninguna, de la trágica a la graciosa, haya nacido, haya medrado, en lo hondo de esa tradición iletrada? Ella la alumbró, ella la sostuvo, fue enriqueciéndola, y du-

rante más de un siglo estas poemas sin par fueron de la voz a la memoria, de la memoria a la voz, vividos en vilo, sin ayuda cualquiera de la cultura letrada; sólo después de cien años perciben los cultos la valía y la originalidad de estas poesías. Hoy, gracias al estudio comparado de las versiones de los romances, hemos llegado a la convicción de que allí, en los misteriosos recintos de la tradición analfabética, se realizaban con el poema esfuerzos tan delicados y sutiles en busca de su última perfección, como los que acaecen en la vigilante conciencia del poeta culto. Lejos de contentarse con el tratamiento elemental del tema, los poetas sin letra, así lo eran probablemente casi todos, sentían las fallas del poema, entreveían sus remedios, y poco a poco lo empujaban a su mejor estado. Creo que en pocos casos, quizás en ninguno, ha llegado a tan alto la calidad creadora de la tradición analfabética como en este de la elaboración de los romances. Los engrèidos contemporáneos que suponen que el analfabetismo triste de hoy día es igual al de otros tiempos, y compadecen a sus prójimos de la Edad Media porque no sabían leer ni escribir, creyéndoles por esa deficiencia almas muertas, espíritus estancos, muy inferiores a ellos, que ejercitan sus dotes letradas para leer las revistas de-

portivas, y las escrituras para componer textos de telegrama o a lo sumo cartas de negocios, harían bien en leer a menudo el romancero viejo; aunque acaso les sonrojara. José Bergamín acuñó en una de sus trágicas burlas una expresión admirable: "La decadencia del analfabetismo". Porque al analfabeto contemporáneo se le va arrancando de los manantiales de su tradición iletrada, sin ascenderle a la otra. Mientras que por su parte los alfabetos también se niegan en su mayoría a su propia y alta tradición. De modo que el mundo periclit a lo largo de dos decadencias: la de los analfabetos, lamentable y sin duda, y la otra, más dañosa aún, la decadencia de los alfabetos, la que llamó un profesor norteamericano, Huse, the illiteracy of the literate".

Justo parece el dar su lugar a esa tradición analfabética, recibida casi sin más esfuerzo que el necesario para que se nos entre dentro el habla o el aire, junto a la gran tradición del esfuerzo, de Eliot. Entre esas dos líneas paralelas, cabe todo el tránsito de los hombres por los siglos.

## LA TRADICION DE LOS LETRADOS

La otra, la gran tradición de los letrados, se adquiere en efecto por denodado trabajo. No hay

que entender este trabajo como mecánica operación, sino como ejercicio aguzado y constante del espíritu en acción. Porque el trabajo no lo da todo, ni sólo por él se llega a resultado de la conciencia de la tradición; hace falta un más que los ilumine. La vista no puede vivir encerrada dentro de cuatro paredes, su afán es el horizonte. Así el espíritu en cuanto sube a un cierto nivel de potencia necesita tenderse por los cuatro puntos. La tradición es la enorme reserva de materiales con los que el hombre puede rodearse de horizontes.

Sus componentes son cronológicamente **pasados, pero el horizonte que con ellos se erige resulta todo presente. En ellos celebran sus nupcias esas dos dimensiones del tiempo: pasado y presente, que tan estrechamente se ensalzan que forman una nueva calidad temporal: eso que podríamos llamar, en el lenguaje de Eliot, "the pastness of the present" o "the presentness of the past", "la pasadez del presente" o "la presentez del pasado".** Conforme, pues, el espíritu del hombre ensancha su posesión de los grandes contenidos tradicionales va creándose más ámbito donde moverse, se ve rodeado de más posibilidades de ser él mismo y de serlo por distintas maneras. Aquí sí que se impone la correlación cultura y tradición. La tradición, que sólo puede ser poseída por actos de cultura, no nos trae más conocimiento, no nos enseña más o menos cosas. El hombre en la tradición no sabe más; es más, porque ella, al multiplicarle las posibilidades de ser, le multiplica su potencia de ser.

"Nunca se ve a los espíritus grandes temer las influencias; al contrario, las buscan con una especie de avidez, que es como la avidez de ser", escribe André Gide.

jado angustiosa y duramente, es un ejemplo de sus grandes posibilidades.

No ha tenido Chacón la oportunidad de un Francisco Zúñiga, de desenvolverse en un país de la hondura y tradición artística de México y en el que el escultor Zúñiga ha sido uno de los más valiosos luchadores por reincor-

porar la escultura de raíz universal o autóctona a la arquitectura, y con los pintores muralistas resolver un problema, muchas veces olvidado, el de la importancia que tienen las artes plásticas, pintura y escultura, en la construcción arquitectónica. Chacón, como muchos de nuestros artistas, pintores y esculto-

res, no ha conquistado ese derecho. No ha podido dejar constancia fiel de su arte y de su trabajo en ese aspecto, que como artista y hombre le corresponde, pues el arte es lo que forma la nacionalidad y graba la cultura de un pueblo.

Juan Rafael Chacón, al margen de todo lo que no sea su

pasión por la escultura, trabaja labrando su destino: fijando en su propia vida, la razón de ser y de existir, como hombre, obrero y creador que fija plenamente su posición activa en los campos del arte. Su humildad responde a sus sólidos conocimientos del oficio y su obra siempre renovada, merecen nuestro respeto.

## LA TRADICION, LIBERADORA

Todavía insiste el vulgo intelectual en ver la tradición como una traba de la iniciativa del artista. Se cree que dispone de un supuesto arsenal de inmutables pretextos autoritarios, hierros y cadenas que le sujetan y donde se le queda tullida la espontaneidad. Lo cierto es que la tradición es la forma más plena de libertad que le cabe a un escritor. Su materia, las obras maestras del pasado, despliegan ante el hombre una pluralidad de actitudes espirituales, de procedimientos de objetivación, de triunfos sobre lo inanimado, de vías de acceso a las realizaciones de la obra, ofrecido todo generosamente al recién llegado. De nada sirve una libertad que no tiene para ejercerse más que el vacío. Suponiendo que la libertad sea capacidad de elección entre esto y aquello, cuanto más estos y aquellos se les brinden, cuanto mayor sea el número de objetos disponibles y elegibles, más intensa será la conciencia de poder del artista, su soltura para escoger. Cuando el escritor de hoy se ve superior al de la Edad Media o al siglo XVIII, el único fundamento para esa creencia está en que tiene en torno suyo más pasado literario, más tradición. La experiencia humana, materia prima del arte, lo humano total, siempre estuvo extendido ante el hombre como una tierra virgen en espera de descubrimientos y conquistas. Cada gran obra de arte es una exploración más hecha en ese territorio de lo humano eterno, poco a poco surcado por caminos que corren en direcciones distintas y aun opuestas y que sin embargo anhelan todos el mismo imposible: dar con la realidad entera de la vida. Y dejarla fijada en formas perfectas. El explorador, el artista de hoy se halla con más caminos abiertos que nunca: son los trazados por sus antecesores. Apoderarse del sentido de la tradición es ir reconociendo mejor esa red, aparentemente contradictoria, por tantos cruces; saber por dónde anduvieron los demás le enseña a uno a saber por donde se anda. El artista que logre señorear la tradición será más libre al tener más carreras por donde aventurar sus pasos. Ahí está también su trágica res-

ponsabilidad, la responsabilidad que siempre hay en el ademán del que escoge.

## LA TRADICION, COMO CRITERIO

Pero es virtud de la tradición que conforme provee al hombre con más soluciones elegibles le adiestra la facultad de elección, le proporciona, misteriosamente, sutiles instrumentos de acierto. Los muchos criterios que conviven la tradición son discretos y tácitos maestros de su propio criterio. Pero sobre todo, y ésa es su importancia cimera, la tradición es ella misma un criterio. Compuesta del pasado, no es todo el pasado. De serlo, quedaría reducida al humilde rango de un depósito formado por simple y pasiva acumulación. La tradición se labra sobre los vastos contenidos del pasado, a fuerza de una serie de actos de discernimiento y preferencia ejercidos sobre ellos. Nada distingue más noblemente el proceso de la tradición que su calidad selectiva que le es propia y constitucional. Según el refrán "el hombre propone y Dios dispone", parejamente en cada gran momento histórico de la tradición en un siglo V, antes de J., en un siglo XIII, en un siglo XVI, todo el pasado propone y el presente dispone. Se alza del pasado como un conjunto de proposiciones que aspiran todas a ser aceptadas por el presente. Entonces entra en movimiento la función selectiva de la tradición. Algunas de las cosas propuestas quedan confirmadas en su sitio, otras cesan, y aparecen las nuevas, a sumarse a ella. Ya ha señalado Eliot en su libro "After Strange Gods" el error de tener a la tradición por algo inmutable y cerrado al cambio. Creo por el contrario que de sus muchos beneficios uno de los mayores es el de dotarnos de un criterio de cambio. Lo cual es gran cosa. Facilísimo es cambiar porque sí, cambiar por cambiar está al alcance de cualquiera. Esa facultad se fomenta en nuestros días como loable en todo caso, como muestra sin disputa de avance y progreso. Muy raro es pararse a pensar en el por qué y para qué del cambio. La mudanza por serlo está santificada y el hombre contemporáneo se ha inventado un nomadismo espiritual y moral superior al de los beduinos del de-

sierto. Mudar de trajes, de casa o de moral se tiene por seña indudable de vitalidad. La tradición en su extraño operar bivalente —alzar a permanencia lo que pasa en el tiempo y es digno de ser detenido, y a la vez tener siempre abierto a la censura del tiempo lo que se admitió como permanente— no se deja guiar más que por una norma selectiva: lo mejor. Su sueño es el sueño de lo mejor, entregarnos lo mejor de lo que hicieron los mejores.

Si la tradición, vista así, es una actividad selectiva constante, ella, a su vez objetivada, frente al nuevo individuo que se pone ante su horizonte, todo ofertas, es un objeto de selección, es un campo donde elegir. Porque mirada atentamente su unidad grandiosa, se la ve compuesta de múltiples formas que son condensaciones particulares del mismo impulso generador. La gran tradición es una convivencia de tradiciones menores. Así hay tradiciones de la posición del pensamiento frente a las cosas, idealista o realista; de estilo: clásico, barroco; de sensibilidad: estoico, ipicúrea; hay tradiciones de temas, así en la dramática como en la novelista

o en la lírica; las hay de forma. Hasta de hombres, de autores las hay. Petrarca es una tradición, Goethe es otra. Ninguna de estas tradiciones subordinadas vive suelta ni vale por sí sola. Al ingresar en la gran tradición se estretejen con las demás en maravillosos dibujos nuevos. No rinden sus diferencias originales ni abdican su valor propio. Lo que pierden al ascender a ese Paraíso de la gran tradición son sus tendencias exclusivas, aquellas apariencias de radical oposición a las demás que tuvieron en el momento histórico de nacer. En su libro sobre la tradición clásica en la poesía dice Gilbert Murray algo muy a este respecto, y de aleccionadora lectura —lección de moral— para muchos poetas modernos: "Al acentuar la palabra Tradición quiero considerar la poesía como una cosa que une y no que separa. No es la poesía a modo de competencia y concurso en que cada escritor individual tiene que producir algo nuevo, afirmar sus derechos, aventajar al vecino y dejar a los poetas de antes en la sombra. Es un culto común donde todos los sirvientes de las Musas se afa-



*Calidad Superior...*

desde hace muchos años le brinda a usted

**IMPERIAL**

LA MEJOR CERVEZA QUE SE FABRICA EN COSTA RICA

# La Cazurrería Tica

(1 y 30 p. m. 15 julio)

En el presente recurso de casación establecido por el señor Crescencio Estrada Gómez, mayor de edad, viudo, criador de ganado y vecino de la ciudad de Liberia, contra la resolución dictada por la Sala Segunda Apelaciones en la criminal que contra él se sigue por el simple delito de ultrajes al culto católico.

Resultando:

1º—Que a consecuencia de parte que dió el Agente Principal de Policía de Palmira al Alcalde único de la ciudad de Liberia, se siguió de oficio causa criminal contra el expresado señor Estrada Gómez por el delito antes indicado, acerca del cual el señor Francisco Acevedo Carrasco, mayordomo de la Iglesia de Palmira, declara: que él bajo ese concepto se encontraba en dicho templo como a las dos y media de la tarde del ventidós de Enero de mil ochocientos ochenta y nueve, inspeccionando y disponiendo un trabajo de carpintería, cuando el señor Estrada Gómez se presentó a caballo y desmontándose en la puerta del Sur, entró y subió al púlpito con sombrero calado, espuelas puestas y una *cutacha* ceñida y en voz alta dijo:

“Mi padre San Francisco de Asís comía como bestia”: que con ese motivo el declarante salió a la Sacristía donde se en-

contraba y llamó la atención al señor Estrada diciéndole que para qué procedía tal mal, que si no veía que aquel era un templo de veneración, y Estrada sin hacer resistencia ni decir más se bajó y salió por la misma puerta que había entrado y parándose junto al caballo desenvainó la cutacha y lo llamó para arrancarle las mechas de la cabeza, diciéndole que por sinvergüenza, y que le iba dar a saber quién era él: que a eso el declarante le respondió que no sabía, no por miedo sino porque como viejo le respetaba sus canas: que Estrada no satisfecho con esas consideraciones, se montó en el caballo y lo tiró sobre el deponente

hasta el quicio de dicha puerta; que en vista de semejante actitud de Estrada, el que habla se armó de una tranca gruesa y le previno que si pasaban, más adentro él y su caballo, los repelería con aquella tranca, con lo cual concluyó aquello.

2º—Que el Juez de primera instancia de Guanacaste, previa recepción de las pruebas de instrucción y plenario, sentenció absolviendo al procesado señor Estrada de toda pena y responsabilidad por el simple delito de ultrajes al Culto Católico, sin lugar a ser indemnizado por haber habido mérito para juzgarlo; y sus motivos fueron: que el cuerpo del delito no está enteramen-

te comprobado, pues aunque algunos de los testigos del sumario afirman que el señor Estrada se subió al púlpito de la Iglesia de Palmira a predicar que San Francisco de Asís comía como bestia, ninguno asegura afirmativamente si las palabras estaban o no acentuadas; ni que en dicha Iglesia existieran en aquella época los Santos Sacramentos, cosa esencialísima para que se pudiera creer consumado delito de ultraje al Culto Católico, según se explica tácitamente en nuestra legislación, y además porque no hubo ultraje de ningún objeto de los destinados a dicho culto (artículo 395 de los comentarios del Derecho Penal, en concordancia con el 161 del Código Penal); que el procesado y su defensor con las pruebas que han rendido en el sumario y plenario han desvirtuado por completo las declaraciones de la instrucción, y en este caso debe atenderse a lo dispuesto por los artículos 220, 221, 884 y 885 del Código de Procedimientos Criminales; y por lo mismo debe pena y responsabilidad.

3º—Que la Sala Segunda de Apelaciones en su resolución del nueve de Mayo último, y en consideración a que el hecho por que se ha seguido esta causa se halla comprendido en el inciso 2º del artículo 161 del Código Penal, condenó al procesado señor Estrada Gómez, por el indicado delito a pagar ciento un pesos de multa en favor de los fondos de instrucción pública del distrito de Palmira, dejando en esos términos revocada la sentencia de primera instancia.

4º—Que el recurrente en el escrito en que demanda casación, dice: que esa sentencia viola los artículos 35 y 36 de la ley de diez y siete de Octubre de mil ochocientos sesenta y cuatro, por no estar comprobado el cuerpo del delito; y el inciso 2º del artículo 161 del Código Penal, por

## LA POESIA ETERNA

# Vacio

Por Jules Supervielle

Traducción de  
José Coronel Urtecho

En el bosque sin horas,  
cortan un árbol grande.

Un vertical vacío  
tiembla en forma de mástil...

¡Buscad, buscad, ¡oh, pájaros,  
el calor de los nidos  
en ese alto recuerdo  
que allí murmura, erguido!

nan, en un servicio común, ayudándose todos”. Ahora todas estas voces se hallan acordes en un gran canto. El milagro de la tradición es atenuar las discordancias y conservar las diferencias. Su signo es el de la concordia. Así la recibe el artista. La tradición total le proporciona crianza y acompañamiento, como el

mundo al individuo: pero llegará un instante en que el escritor habrá de situarse ante ella, de distinguirse de ella, como el ser humano que educado por el mundo ha de alzarse algún día frente a él, para hacer algo en él, hacer algo con él. El artista después de haber sido formado por la tradición tiene, impulsa-

do por el mismo jugo con que ella la nutrió, que hacer su obra, que intentar añadir algo, lo suyo, a la tradición. Es el momento de la soledad, el que no puede dejar de haber sentido ningún gran poeta. Hay que apartarse de esa gran compañía, sentirse uno solo, consciente de la propia pequeñez y al mismo tiempo inevita-

biente espoleado por el afán de la grandeza creadora. Ahí delante está la tradición. En ella hay que arriesgarse a la gran jugada de elegir.

Del libro: “Jorge Manrique o tradición y originalidad” de la Editorial Sudamericana.



haber sido mal aplicado, en razón de que el hecho que se le atribuye a lo sumo constituye una falta de policía.

5º—Que en los procedimientos se han observado las prescripciones legales; y

Considerando:

1º—Que aunque el recurrente no explica en su demanda de casación por qué no esté comprobado el cuerpo del delito, de sus medios de defensa empleados durante el proceso se deduce que los defectos de la comprobación del cuerpo del delito, son según él: que cuando sucedió el hecho por el cual se le ha juzgado, había trabajos de carpintería en la Ermita de Palmira; que no había en ella Sacramento y estaba cubierta la imagen de San Francisco con un velo; que pocas veces había allí Sacramento; que no había púlpito, pues lo estaban haciendo; y que él no había tratado de ultrajar la religión sino que contó por broma a los carpinteros que se hallaban en la Ermita una historia antigua de un predicador que por no saber leer da un sentido falso a la frase de que San Francisco comía como vestía y dormía sobre una vieja tarima”.

2º—Que aunque tampoco expresa en su recurso las razones que tenga para creer que el hecho que se le atribuye constituye a lo sumo una falta de policía y no el delito previsto por el artículo 161 del Código Penal, es de inferirse que sus razones son las mismas con que pretendió defenderse en la causa, según se ha dicho.

3º—Que el recurrente no ha alegado que la Ermita hubiera desaparecido transformándose en un taller de carpintería; y así las cosas no puede decirse que un templo pierda su carácter porque en él se lleven a cabo obras de reparación o mejoras menudas.

4º—Que el haber o no haber Sacramento no es condición para que un lugar destinado al culto católico goce de la protección del artículo 161 del Código Penal; pues ni la ley lo exige, ni con la falta de esa circunstancia desaparecen los motivos que ha tenido ella para rodear de respeto el lugar que los fieles de cualquier religión lícita consagran a su Dios, y en el cual ejercitan públicamente su culto.

5º—Que no porque esté cu-

bierta con un velo la imagen de un santo, puede darse como si no existiera, salvo que la quien la escarneciese ignorara su presencia.

6º—Que aunque el recurrente afirmó en su confesión con cargos que no había púlpito en la Ermita, los testigos presenciales declaran que se subió a él y de allí desde donde habló.

7º—Que el hecho de subir al púlpito un seglar con espuelas, machete al cinto y sombrero calado, y ante la imagen del santo,

proferir las palabras de que “San Francisco comía como bestia y dormía sobre una vieja tarima”, es a no dudarlo un ultraje de objetos al culto católico, pues actos de esa índole producen grave escándalo en quienes profesan ese culto.

8º—Que en cuanto al modo con que dijo el recurrente las palabras que se le atribuyen y a su intención, la Sala de Apelaciones ha apreciado ese hecho y lo ha resuelto implícitamente en contra del reo, sin que a juicio

de esta Sala haya excedido aquella sus facultades.

Por tanto, de acuerdo con las leyes citadas y artículos 6º, 7º y 8º del decreto de veintiocho de setiembre de mil ochocientos ochenta y siete, 980, 981 y 983 del Código de Procedimientos Civiles se declara sin lugar la casación demandada. Vuelvan los autos a la Sala de su origen para los efectos de ley. —Ricardo Jiménez.—Ramón Carranza.—Vicente Sáenz.—Manuel Argüello.—A. Alvarado.—Cipriano Soto, Secretario.

## Conclusiones de un ensayo sobre teatro

Por Moisés Vincenzi

En el análisis —o proposiciones— del devenir y de la eternidad, he pretendido llegar al establecimiento de ciertas normas generales del arte en general y del teatro en particular.

1º) Toda estética, general o particular, tiene que dar por resuelto el problema del devenir y de la eternidad. El crítico no podría determinar el mérito verdadero de una obra sin este primer paso.

2º) En mi opinión, debe aspirarse, a pesar del devenir, a la perennidad de las obras, en un sentido o en otro, puesto que he demostrado que lo eterno existe a despecho de todo lo que pasa.

3º) Como el devenir está inmerso en la eternidad, el arte que lo interpreta debe buscar, sin negarlo, las secretas fuentes de lo perdurable en él.

4º) El arte contemporáneo, como acabamos de verlo, niega, en el uso y el abuso de lo pasajero, esta perennidad, en sus diversas categorías estéticas.

5º) Este arte contemporáneo cultiva un narcisismo ayuno de toda visión general del universo. Se aproxima a un estéril solipsismo completamente nugatorio y falso en sus principios, en su desarrollo y en sus finalidades.

6º) El teatro actual participa de esta obsesión narcisista, que prefiere, a la realidad estética, la originalidad desvertebrada. Las escuelas todo lo han fraccionado bajo el influjo de este narcisismo, que niega la necesidad de comunicación del hombre, su amor por lo claro y, por la encillez que lo produce.

7º) Las grandes obras de tea-

tro han buscado la expresión perenne de sus motivos, en el afán de interpretar el mundo dentro de sus más amplios horizontes. Por eso, han producido un arte perenne que justifica mi fórmula estética de la eternidad como denominador común de toda belleza.

8º) Los artistas pueden alcanzar, al través de sus obras, la visión de lo perenne, en forma fragmentaria o integral. Y por diversos conductos: a) Por medio de la razón estética; y b) Por conducto de las fuerzas intuitivas...

9º) La crítica artística que no logra enmarcar sus juicios dentro de una visión de perennidad, al menos como simple esperanza de alcanzarla se desvincula de ella ahogándose en un mundo intrascendente. No podría, por ejemplo, juzgar la obra de los gran-

des trágicos griegos, como tampoco la de Shakespeare.

10º) No se puede dominar la estética, sin ajustarla al resto de sus conexiones filosóficas. Este precepto amplía a la estética y la llena de nuevas obligaciones.

11º) La obra de teatro es colectiva, en el sentido de que no está realizada sino cuando se la representa; tampoco por el solo autor del libreto; o por los actores. Esto ensancha sus exigencias de perennidad en la interpretación de la vida y del mundo.

Este trabajo ha pretendido señalar los puntos cardinales de la estética teatral, en forma de apuntes dispersos que bien pueden ser aceptados como principios de controversia, en planos mucho más amplios que los establecidos por el impresionismo crítico.

### LA SEGURIDAD SOCIAL

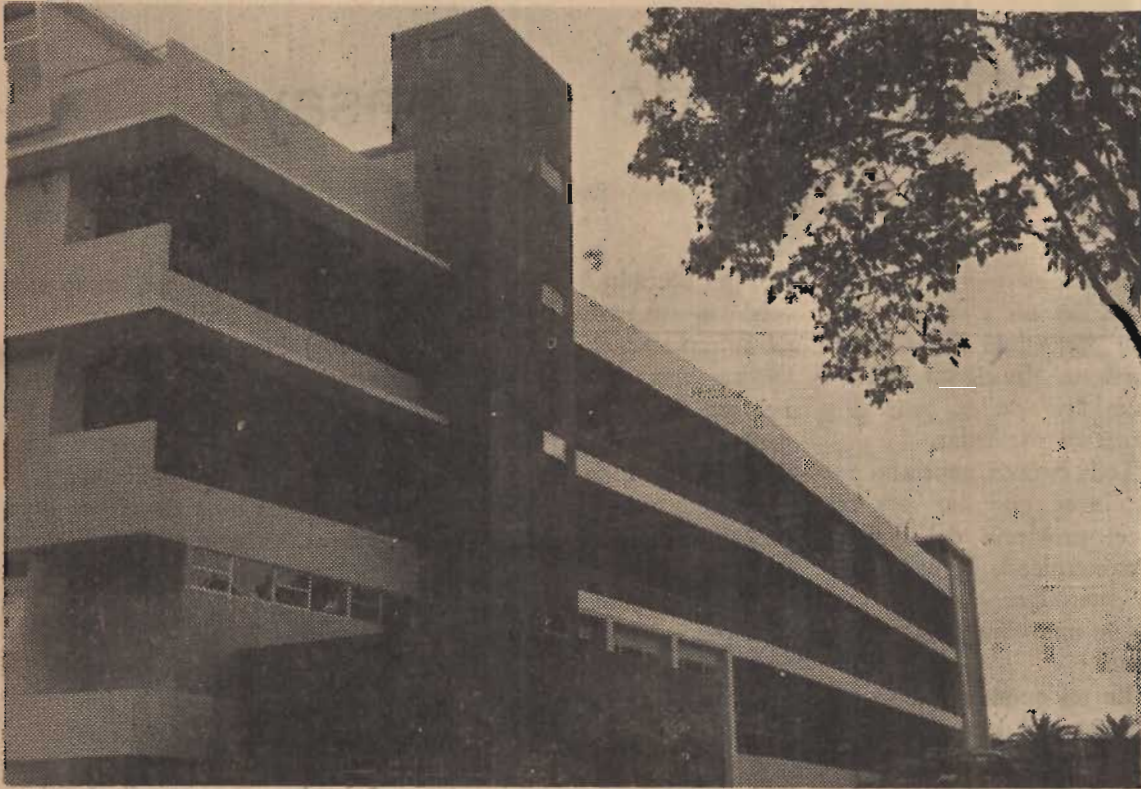
### ES LA SUPREMA ASPIRACION DE LA SOCIEDAD DE HOY

Sólo cuando los hombres conquistan el derecho a una vida sin temores y llena de dignidad, aflora la paz en los espíritus y nace la concordia en la humanidad.

### CAJA COSTARRICENSE DE SEGURO SOCIAL

# Brújula Quieta

## Inauguración oficial de la Escuela de Ciencias y Letras

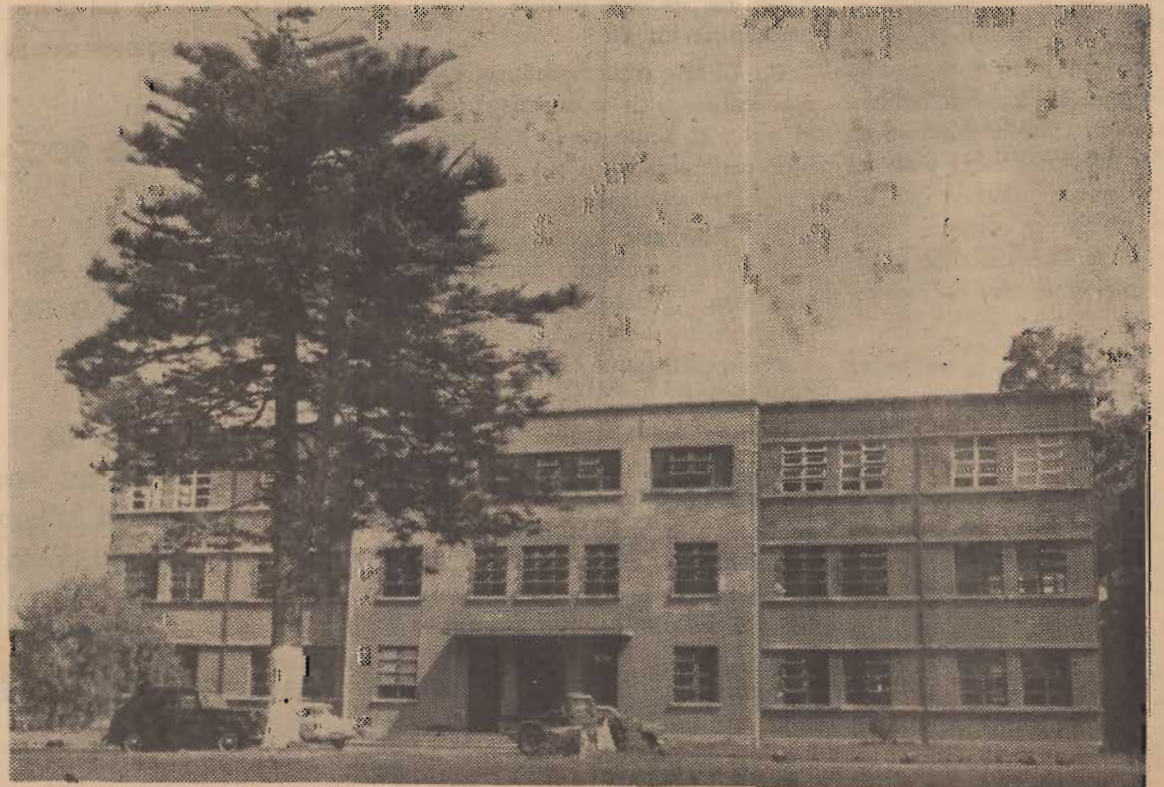


EL LUNES 5 DE MARZO FUE LA INAUGURACION OFICIAL DE LA NUEVA ESCUELA DE CIENCIAS Y LETRAS, EL vestíbulo obligado por el que habrán de discurrir en lo futuro nuestros universitarios. La reforma que este Intituto significa para la cultura general del país no puede ni sospecharse siquiera, puesto que en estas cosas de la superación moral e intelectual de los futuros profesionales no hay cartabón que nos lo determine. Desde luego que las esperanzas son las más optimistas y no hay ningún motivo para dudar de ello. Lo que sucede es que por las rutas del ascenso y el cabalgar constante hacia la perfección, la meta es inalcanzable del todo. Mas es bendita.

A las nueve de la mañana, fue la ceremonia de bendición. Monseñor Rubén Odio, Arzobispo de San José, pronunció las palabras sacramentales que confiaron a la buena voluntad de los rectores de

nuestra máxima casa de esutdios y a los designios de Dios la eficaz marcha de la nueva Escuela.

Humanamente se ha hecho lo más que se ha podido. Se contrataron varios profesores extranje-



ros de competencia innegable y bajo la inmediata dirección de ellos desplegará sus actividades un grupo de catedráticos nacionales de lo más selecto.

El nuevo edificio tiene capacidad para dos mil y más estudiantes y espacio suficiente para bibliotecas, laboratorios, oficinas diversas y recintos de estudio para los profesores. Las aulas y salas en donde serán impartidas las lecciones y las conferencias, son amplias, bien iluminadas y dotadas de todas las comodidades que exige el modernismo.

Con ese acto quedó inaugurado el año académico de 1957, por cierto con los mejores auspicios.

El Rector, Lic. don Rodrigo Facio le dirigió la palabra a los presentes habiendo merecido sus atildados conceptos el elogio general.

Realzó el acto la copiosa concurrencia de estudiantes y participantes que hicieron acto de presencia cifrando las esperanzas de nuestra Alma Mater en los nuevos planes de estudio que ahora entran en vigor y en el escogido claustro de nuevos profesores.

**NUESTRA ILUSTRE COMPATRIOTA DOÑA ANGELA ACUÑA DE CHACON RESULTO ELECTA MUJER DE LAS AMERICAS DEL AÑO EN CURSO.** La designación le fue notificada por vía cablegráfica por la Presidenta de la Unión de Mujeres de América (U. M. A.) señora Lydla de Bacarisse y por la Presidenta del Comité de Elección señora Evangelina de Vau-

ghan, a quienes la señora de Acuña contestó cablegráficamente también: "Mis triunfos los deposito en el regazo de mi querida Patria".

El honor que le ha sido conferido a doña Angela de Chacón le han recibido las más notables mujeres de la América, tales como la señora de Roosevelt, Gabriela Mistral, Juana de Ibarborou, María Grever y Piedad Catillo de Leví, entre otras.

La candidatura de la señora Acuña de Chacón fue propulsada por la ilustre dama nicaragüense doña Josefa Toledo de Aguerre, mujer de las Américas de 1950 y en la propia Nicaragua su candidatura obtuvo la acogida de todas las instituciones femeninas electoras.

Doña Angela de Chacón, viajará a Nueva York a fines del mes de abril para asistir al acto por el que se le conferirá el honorosísimo título.

Hacemos llegar hasta doña Angela Acuña de Chacón la más cordial felicitación de BRECHA por el brillante triunfo que ha obtenido.

#### DATOS BIOGRAFICOS DE LA LICENCIADA ANGELA ACUÑA DE CHACON

Nació en la ciudad de Cartago. Terminó su educación secundaria en Francia, Inglaterra y Bélgica. En 1925 recibió el título de Abogado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica, siendo la primera abogada de Costa Rica y de Centro América. Sus actividades feministas la llevaron a fundar la revista Figaro, a promover ligas femeninas y a mantener correspondencia con las mujeres más notables del continente americano. Volvió de nuevo a Europa en 1928 y a su regreso se preocupó en recordar la tragedia de la Primera Guerra Europea con el propósito de que se fortaleciera la paz. Visitó los Estados Unidos en un viaje de buena voluntad por varios Estados, invitada por el Comité de Mandato a los Pueblos. Dirigió varias gestiones al Congreso de la República para igualar los derechos de la mujer en cuanto a salarios y en cuanto al derecho de sufragio electoral. Intervino en varias oportunidades en relación a problemas educacionales. En 1937 comenzó a trabajar con la Unión de Mujeres Americanas. U. M. A. de la que llegó a ser su presidenta. En 1951 fue nombrada Delegada de la Comi-

sión Interamericana de Mujeres. Fue a Asunción, Paraguay como Secretaria Ejecutiva, nombrada por la Unión Panamericana. Hizo, por contrato con la Unión Panamericana un extenso estudio sobre leyes civiles en cuanto respecta a la situación de la mujer y un estudio comparado de las Constituciones de América sobre la situación de la mujer casada. El trabajo abarcó tres temas. Dictó conferencias en Río de Janeiro, Lima, luego en México, Panamá y en Los Angeles, California. Esta última ciudad la tuvo como profesora de español durante 4 años en la Universidad de California del Sur. En Estados Unidos dictó 40 conferencias en inglés en ciudades de 18 estados.

EL MAESTRO DON JOAQUIN GARCIA MONGE, —figura cimera de América—, ha merecido la más grande y efectiva demostración de reconocimiento de su obra literaria, de medio siglo.

Informamos en otra sección que el Ministerio de Cultura de El Salvador ha dispuesto hacer la edición completa de lo publicado por nuestro compatriota: El Moto, Las Hijas del Campo, etc.

Ya el Maestro ha sido impuestado de que debe buscar el material y hacer un prólogo que aparecerá autografiado.

La Dirección General de Bellas Artes, dependiente del Ministerio de Cultura ha venido realizando tarea semejante con autores salvadoreños y de otros países, como contribución a la cultura general. Pronto circulará, por ejemplo, el homenaje al Poeta Juan Ramón Jiménez.

El Maestro García Monge puede considerarse uno de los grandes valores de América. Lo dice el alto aprecio en que se le tiene fuera del país; lo confirma su mantenida obra publicitaria, de años. Su constancia y abnegación le han rodeado de simpatías. No ha buscado el lucro. Lejos de eso, se ha sacrificado personalmente.

Diríamos que es un símbolo del Continente: símbolo de amor a las letras y a la cultura en general. Símbolo de la modestia y la sinceridad en acción permanente por la divulgación literaria, de acercamiento de los trabajadores más señalados en los diferentes países.

Desarrollando su labor en un medio hostil, su paciencia y su devoción, le han permitido man-

tenerse optimista, celoso de no interrumpir la tarea, como si para él fuera más mérito, hacer de editor que de publicista. Primero lo apeno; allá de tanto en tanto lo propio.

Sembrador incansable, por sus empeños han encontrado estímulo muchos escritores del Continente; por su sinceridad, se han divulgado muchas ideas, sin más reparo que la presentación elegante y el respaldo moral de una firma intachable.

García Monge ha sido objeto de algunas atenciones, dentro y fuera de su patria, pero pensamos, —conociéndolo bien,— que ninguna calará más hondo en su corazón, ni tendrá mayor proyección, que esa de recoger su obra en uno o varios tomos, bien presentados, editados en cantidad apreciable, como para que la divulgación sea mayor.

Ya es una consagración alta, de las que se reservan a los grandes figuras de las letras.

El hombre modesto por excelencia, cuya labor benedictina, se ha impuesto en el Continente, por la sinceridad que la ha caracterizado.

Cumplimos con el deber de encomiar, en la forma más sincera, la loable iniciativa de la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura de El Salvador, que tan efectivamente cumple su misión, realizando tarea de verdadero acercamiento espiritual hispánico.

LA SEÑORA DE CARDENZA se titula una novela de GONZALO SANABRIA, finamente editada por la Imprenta ATE-

NEA, de don Antonio Lehmann.

Dice en el corto prólogo: "No pretendo escribir nada nuevo ni mejor que otros. Ya casi todos los temas han sido expresados y casi todos los pensamientos han sido escritos con más agilidad y mayor acierto por los maestros del lenguaje. Yo sólo intento recrear a los lectores con esta narración, en la que los personajes son imaginarios y se han intercalado, como realce del argumento, algunos hechos históricos y otros ficticios, todos ellos referentes a varias épocas interesantes de la vida nacional del siglo pasado".

A pesar de su modestia, Sanabria llega a obtener un logro completo a lo largo de su agradable narración. Sabe mantenerla interesante y alcanza el éxito final tan caro a todo escritor. Lo felicitamos y le deseamos un sonoro triunfo de librería.

DOCE escritores y poetas han sido escogidos para hacerles unos interesantes reportajes gráficos. Estando la fotografía y montaje de los mismos a cargo de Ricardo Quesada, la parte literaria a la del poeta Carlos Luis Sáenz y son auspiciados por el incansable editor don Antonio Lehmann. Ya están siendo entrevistados los escritores y las pruebas han dado resultados sorprendentes.

Esta será sin duda alguna una de las atracciones más interesantes que tendrá la próxima Feria del Libro. Entre los escritores y poetas están don Joaquín García Monge, don Julián Marchena y otros más de la vieja y nueva hornada.

## UNGUENTO ZEPOL

Contra:

- o RESFRIADOS
- o DOLORES
- o CATARROS
- o PICADURAS DE INSECTOS
- o QUEMADURAS DE SOL

¡de acción permanente en la piel!

¡No se disipa!

Un producto de:  
LABORATORIOS ZEPOL



# MIGUEL MACAYA & Cía.

**MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.**

**Maquinaria para la Agricultura y la Industria.**

Maquinaria Agrícola en una línea completa.  
Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).  
Motores Diesel "Petter".  
Equipo para construcción de carreteras.  
Compresores de aire "Worthington".  
Equipo de Refrigeración.

Soldadoras Eléctricas y Autógenas "Marquette".  
Bombas para agua "Worthington".  
Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".  
Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".  
Palas Mecánicas "Link-Belt".  
Quebradores de Piedra "Universal".

**Surtido de Repuestos.**

**Taller de Servicio.**

Consulte nuestros planes de Financiación.

## EDIFICIO INTERNATIONAL

50 varas Norte Hotel Europa.

Teléfonos: 5830 - 5831

Apartado: Letra "A".



## PILSEN

### SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que atehra dos veces.

